

9
EL ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉXICO.
DE LAS TEORÍAS A LAS PRÁCTICAS

*Emilio Duhau** y *Ángela Giglia***

CONTENIDO

Introducción	390
El espacio público como hecho histórico y como tipo ideal	390
La crisis actual del espacio público y sus elementos constitutivos	394
Especificidades del espacio público en la ciudad de México	400
A cada quien sus lugares: la división social de los espacios públicos en la ciudad de México	408
Hacer las compras	414
Salir a pasear	426
Salir a comer	436
Ir al cine	440
Reflexiones finales: de las teorías a las prácticas	443
Referencias	445

* Profesor-investigador en el Área de Sociología Urbana del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco: <erduhau@yahoo.com.mx>

** Profesora-investigadora del Cuerpo Académico de Cultura Urbana del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa: <ag@xanum.uam.mx>.

INTRODUCCIÓN

La evolución experimentada por los espacios públicos urbanos durante las últimas décadas del siglo xx y lo que va del presente constituye uno de los grandes ejes del debate actual en torno a la ciudad contemporánea. Se trata de un eje que tiende a condensar, por medio de la invocación de lo público y su *crisis*, la convicción generalizada, entre los estudiosos de la ciudad, de que las transformaciones experimentadas por ésta durante las últimas décadas del siglo xx habrían implicado un franco retroceso en la calidad de la vida urbana. Es oportuno decir desde ahora que al hablar de *crisis del espacio público* se está evocando —en formas no siempre explícitas— el fantasma de la desintegración urbana, la imposibilidad de “vivir juntos” en las grandes ciudades y la disolución de lo urbano como lugar de encuentro y de intercambio.

Este texto se divide en cuatro partes. En la primera expondremos nuestra interpretación del modelo o *tipo ideal* del espacio público moderno que, desde nuestra perspectiva, opera como referente explícito o implícito del debate contemporáneo en torno a la llamada “crisis del espacio público”. En la segunda plantearemos los que consideramos como los principales procesos que han orientado las transformaciones de los espacios públicos en las últimas décadas. En la tercera trataremos de especificar lo que para nosotros constituyen elementos distintivos de los espacios públicos en la ciudad de México. Por último, expondremos con base en los resultados de una investigación ya concluida¹ cómo los usos de los espacios públicos se asocian a lo que llamamos la *división social del espacio público* y mostraremos cómo las prácticas vinculadas a la frecuentación de los espacios públicos exhiben patrones que permiten calificarlas como *repetitivas, localistas y estratificadas*.

EL ESPACIO PÚBLICO COMO HECHO HISTÓRICO Y COMO TIPO IDEAL

En la literatura contemporánea es posible reconocer la construcción de una suerte de *tipo ideal* que remite a un conjunto de atributos propios de los *espacios públicos* de la ciudad moderna, a saber: espacios asignados al uso de todos, es decir, no reservados a nadie en particular (esto es, a individuos

¹ Los resultados *in extenso* de esta investigación fueron publicados en Duhau y Giglia, 2008.

específicos o pertenecientes a una determinada categoría, estamento o clase social); de libre acceso —sea irrestricto, como en el caso de los parques y las calles públicas, sea sujeto a la satisfacción de ciertas condiciones, como el pago de una cuota de entrada (estadios, teatros, cines)—, donde se admite y además se presenta como rasgo dominante la copresencia de extraños y, por consiguiente, todos y cada uno de los copresentes gozan legítimamente del *anonimato*, es decir, del hecho de ser uno más entre un conglomerado de individuos que permanecen juntos en un lugar o transitan al mismo tiempo por él por razones circunstanciales, razones que sólo atañen a cada quien; donde impera la condición de igualdad en el sentido de que todos tienen derecho a estar presentes y a ser respetados en su integridad, intimidad y anonimato, independientemente de sus características individuales, incluidas edad, sexo, pertenencia étnica, apariencia, etc., y que, por todo lo anterior, funcionan como lugares donde el ciudadano realiza la experiencia de convivir pacífica e igualitariamente con los otros diferentes y está en la predisposición de disfrutar el eventual encuentro con un extraño o la ocurrencia de lo inesperado.²

Desde luego, más allá de los cuestionamientos que, como veremos un poco más adelante, pueden hacerse a este tipo ideal, es claro que la posibilidad siquiera de imaginarlo depende de un conjunto de condiciones y circunstancias que, efectivamente, sólo se hicieron presentes con el advenimiento de la sociedad y la ciudad modernas. Entre estas condiciones cabe recordar la de la igualdad, si no de derechos políticos, sí de derechos civiles básicos, garantizados por un poder público que detenta el monopolio de la violencia física en nombre de todos; la eliminación de derechos atribuidos en forma exclusiva a determinados grupos (derechos estamentales, por ejemplo); la constitución de un conjunto de bienes y espacios urbanos asignados *jurídicamente* al uso de todos (mobiliario urbano, calles, parques, plazas, paseos, medios de transporte) (Sabatier, 2002), y la difusión de establecimientos y locales destinados a servir a un público anónimo (tiendas, restaurantes, cafés, teatros, salas cinematográficas, estadios, etc.). Todas estas condiciones fueron dándose progresivamente y con ritmos diferenciados, pero se puede afirmar que alcanzaron su madurez en las principales

² La enumeración de este conjunto de rasgos constituye una síntesis propia de una perspectiva sobre los espacios públicos de la ciudad moderna que es compartida por gran número de autores. Entre otros véanse Jacobs, 1992; Sennett, 1976; Young, 1990; Caldeira, 2000; Ghorra-Gobin, 2001; Sabatier, 2002.

ciudades europeas, entre la segunda mitad del siglo xix y la primera mitad del siglo xx.

Si bien diversos autores afirman que la aproximación al tipo ideal del espacio público moderno no ha sido en sus orígenes el producto de un proyecto de espacio público inclusivo y democrático (Salcedo Hansen, 2002; Harvey, 2006), lo cierto es que, en los países industrializados, un conjunto de condiciones propias del capitalismo industrial se reflejó en espacios públicos urbanos *inclusivos* en un grado inédito hasta entonces. La propia democratización de las sociedades modernas, en tanto sociedades capitalistas, al posibilitar la afiliación laboral e institucional de virtualmente toda la población, mejorar la condición económico-social de la clase obrera y generar una tendencia a que la gran mayoría de la población contara con ingresos situados en el *centro* del espectro socioeconómico y a que las posibilidades y hábitos de consumo fueran semejantes para la gran mayoría de la población, democratizó los espacios públicos. Los procesos que hicieron posible que las características del tipo ideal de *espacio público de la ciudad moderna* se hicieran realidad fueron la relativa homogeneización de la sociedad, la afiliación laboral e institucional generalizada de la población (pleno empleo, escolarización, seguridad social) y que la pertenencia a la clase obrera ya no equivaliera a vivir en condición de pobreza. Pero, en condiciones en que la copresencia del *otro*, la aceptación de la diversidad y la diferencia y la situación de mutuo anonimato supusieron una diversidad y unas diferencias limitadas a los *muy semejantes entre sí*. Tal como lo señala Donzelot para el caso de Francia (Donzelot, 2004: 16), entre los años cincuenta y setenta del siglo xx, la ciudad del mundo industrializado al mismo tiempo que creaba espacios separados (para el caso francés: ciudad central, grandes conjuntos de vivienda social, periferia de vivienda unifamiliar) creó también espacios comunes. De modo que, si bien ciertas ideas y dispositivos asociados centralmente a la ciudad moderna y sus espacios públicos tuvieron su origen en la búsqueda de racionalización y control del espacio urbano y de disciplinamiento y regulación de los usos de la ciudad por parte de las clases subalternas (Salcedo Hansen, 2002), esto no es contradictorio con el hecho de que lo que ahora podemos considerar como ciudad moderna *tardía*, es decir, la ciudad europea de la etapa de la industria fordista y el Estado Benefactor, en particular entre la segunda posguerra e inicios de los años setenta del siglo xx, se convirtiera en un complejo *dispositivo de inclusión* con base en la conformación de una *esfera socializada de consumo* —vivienda pública o social, sistemas públicos de salud y edu-

cación, sistemas públicos de transporte colectivo, sistemas de pensiones y de subsidios aplicados de acuerdo con diversas condiciones y circunstancias, equipamientos recreativos gestionados por el sector público— y la expansión y extensión del consumo privado.

En el mundo industrializado, Estados Unidos y sus zonas metropolitanas se presentan como un modelo alternativo al europeo, apoyado en mucha mayor medida en el consumo privado, la suburbanización extensiva basada en la vivienda propia adquirida con crédito hipotecario subsidiado y a largo plazo, el automóvil privado, programas federales de vialidades rápidas y confinadas (*highways*) que permitieron vincular los suburbios con las ciudades centrales y los correspondientes centros de trabajo (Hayden, 2006). Se trató de un modelo en el que los espacios públicos cercanos al tipo ideal de *espacio público moderno* correspondieron fundamentalmente a ciertas partes de las ciudades centrales, pero severamente limitados en su carácter inclusivo e igualitario por mecanismos de segregación racial, la limitación de los derechos civiles de minorías determinadas (en particular, la población de origen africano) y la conformación de guetos, es decir, enclaves de las ciudades centrales habitados por minorías raciales excluidas de los derechos propios de la mayoría blanca. Por lo demás, tanto en el imaginario como en la realidad estadounidenses, la ciudad moderna es, desde muy pronto en el siglo xx, una ciudad concebida como y caracterizada por la generalización de la circulación en automóvil, los centros comerciales (*malls*) y modalidades de zonificación orientadas a segregar el uso residencial de cualesquiera otros usos.

Por otro lado, en lo que respecta a las dimensiones específicamente urbanas, debe destacarse la cuestión del *estatuto jurídico del espacio público*. Nos referimos a la constitución gradual de una esfera o dominio de lo público urbano como *conjunto de espacios jurídicamente públicos*, es decir, de *libre acceso, bajo jurisdicción del poder público y consagrados al uso de todos* (Sabatier, 2002) y, junto con ello, la conformación de lo que podemos denominar un *orden reglamentario urbano* (Duhau y Giglia, 2004), como conjunto de reglamentos *formales* para dicho dominio, que supuso codificar y reglamentar los usos *legítimos* de los espacios públicos, lo que implicó establecer horarios, separar funciones y, en muchos casos, simplemente *prohibir* ciertos usos o actividades en determinados lugares, ya sea confinándolas a otros espacios o simplemente eliminándolas.

En otras palabras, en el origen del espacio público urbano encontramos una cuestión que sigue siendo central: la cuestión del *orden*, es decir,

de las formas de *reglamentación* de los usos de la ciudad. El espacio público, aunque nos guste pensarlo como un espacio *abierto y libre*, y aunque aparezca representado así en una copiosa literatura, en efecto está marcado en su esencia no sólo por la cuestión de la *convivencia* de sujetos heterogéneos, sino también por la cuestión de las *normas comunes* y de la *común aceptación de las normas*, sean éstas explícitas o implícitas, formales o informales, rígidas o flexibles. Ahora bien, las preocupaciones contemporáneas en torno a la *privatización*, *segregación*, *deterioro* e incluso la *desaparición* de los espacios públicos sin duda están marcadas por el contraste que se observa, en gran medida de modo implícito, entre los rasgos atribuidos, como hemos dicho, a partir de un tipo ideal, al espacio público de la ciudad moderna y la evolución contemporánea de los espacios públicos. Pero esta evolución no puede ser estudiada sin enfocar la mirada en los *significados* y los *usos* de dichos espacios y en las *normas* —explícitas o implícitas, formales o consuetudinarias— que hacen posibles o prohíben dichos usos y que legitiman y respaldan o no dichos significados.

Es por eso que para comprender la problemática actual del espacio público es necesario al mismo tiempo tomar en cuenta el plano de las transformaciones normativas (formales e informales), el de las transformaciones funcionales y el de las representaciones simbólicas. Asimismo, los cambios en los espacios públicos pueden ser leídos como el resultado de los procesos que afectan el *orden urbano*. Este concepto indica para nosotros el conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a algún nivel del orden jurídico) como convencionales al que los habitantes de la ciudad recurren, explícita o tácitamente, en el desarrollo de las prácticas relacionadas con los usos y las formas de apropiación de los espacios y bienes públicos o de uso colectivo que, más allá de la vivienda, son los elementos constitutivos de la ciudad. Este orden está siendo afectado por transformaciones importantes tanto en el nivel formal (el del orden reglamentario urbano) como en el plano general de los distintos órdenes urbanos que componen la metrópoli contemporánea.

LA CRISIS ACTUAL DEL ESPACIO PÚBLICO Y SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Hasta mediados del siglo xx, el espacio jurídicamente público, tal como lo definimos antes, es prácticamente *todo* el espacio urbano con la excepción de la vivienda y otros locales de uso privado. El uso de y la interacción so-

cial en los diferentes tipos de espacios públicos (calles, plazas, parques, estaciones de transporte colectivo, etc.) han estado organizados siempre por un conjunto básico de prácticas (*compra* de bienes y servicios, *recreación*, *trabajo*, *educación*) y las correspondientes modalidades de movilidad cotidiana asociadas a todas y cada una de estas actividades. Tal como lo mostró hace ya casi cinco décadas Jane Jacobs (1992), el uso de los espacios públicos depende en gran medida de la presencia y mezcla de locales que los circundan y las correspondientes actividades (incluida la de residir) asociadas a tales locales (oficinas, tiendas, talleres, restaurantes, bares, cafés, oficinas públicas, servicios, mercados). En la medida que buena parte de estos locales y las actividades que en ellos se desarrollan conforman espacios de dominio privado, pero de uso público, y que el propio uso de los espacios jurídicamente públicos depende entonces en grados diversos de locales privados pero de uso *público* o al menos de concurrencia de un cierto público, como sería el caso de consultorios médicos y despachos de notarios y abogados, la animación y la *variedad de usos de los espacios públicos siempre han dependido en gran medida de las actividades a las que están destinados los locales y espacios privados contiguos y accesibles caminando desde el espacio público*. De modo que los usos de los espacios privados y su accesibilidad para ciertas prácticas urbanas constituyen un elemento importante para entender la naturaleza del espacio público y sus transformaciones. Así, el análisis de las transformaciones en las formas de vinculación entre espacios públicos y espacios privados permite dar cuenta de la llamada *crisis del espacio público* en la actualidad.

Proponemos aquí, precisamente, una lectura de dicha crisis como *el resultado de una disociación entre el espacio jurídicamente público y las prácticas de la vida cotidiana*, en el sentido de que estas últimas, en metrópolis como la ciudad de México y, sobre todo, para las clases medias y altas, tienen que ver cada vez menos con el espacio jurídicamente público. Nos parece que esta propuesta tiene la ventaja de que pone al centro del razonamiento los cambios que ocurren en la experiencia de la metrópoli (y los usos del espacio urbano) y al mismo tiempo permite incluir una casuística amplia de fenómenos en los cuales se combinan de diferentes formas espacios y actores, tanto privados como públicos.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de disociación entre el espacio jurídicamente público y las prácticas cotidianas? Estamos aludiendo al hecho de que en la experiencia actual de buena parte de los habitantes de la metrópoli ese conjunto de *prácticas heterogéneas que combinan de diferente*

manera la dimensión privada con la pública mediante el ir y venir, en gran medida a pie, entre locales privados y espacios públicos, está cada vez menos presente. Así, para muchos habitantes de enormes aglomeraciones metropolitanas, como es el caso de la ciudad de México, estas prácticas constituyen una experiencia o bien ajena a su realidad cotidiana o incluso deliberadamente evitada. De esta manera, lo que era antes el espacio público como elemento organizador de la ciudad y de la experiencia urbana tiende a convertirse hoy en un conjunto de espacios de circulación en automóvil entre dos puntos (de la vivienda al lugar de trabajo o de la vivienda al centro comercial, por ejemplo), o bien en un acervo de espacios especializados a los cuales hay que *ir*, porque ya no forman parte del tejido conectivo de la ciudad, sino que, como es bien evidente en el caso de los centros comerciales, conforman una suerte de islas diseñadas fundamentalmente para el acceso en automóvil.³ Piénsese, por ejemplo, en cómo se realizaban habitualmente una o varias de estas actividades al transitar por una calle o avenida concurrida en la que se encuentran alineadas tiendas, restaurantes, cines, cafés, viviendas, oficinas, despachos, consultorios (en los pisos superiores), etc. Al igual que en un centro comercial, los propósitos que animan a cada uno de los transeúntes pueden ser muy diversos, pero la diferencia fundamental radica en que mientras se transita o se ingresa a un edificio o local situado en una calle, un centro comercial no es un lugar por el cual se pueda transitar en el sentido de atravesarlo para ir a otro lugar; se trata más bien, por definición, de un lugar al que hay que ir, al que se tiene que entrar y del que se tiene que salir, y donde las entradas y salidas son concebidas como barreras en las que, al menos potencialmente, se realiza un control del público-clientela.

Para comprender esta disociación entre espacios públicos y prácticas cotidianas hay que tomar en cuenta que el orden metropolitano (la forma de producir y organizar espacialmente la metrópoli) ha evolucionado en las últimas décadas con base en dos lógicas paralelas y en muchos casos complementarias: *privatización y especialización*. Se trata de diferentes modali-

³ Cabe señalar que esta disociación se inició tempranamente en el siglo xx para porciones significativas de la población urbana, en las ciudades estadounidenses, con la suburbanización masiva de viviendas apoyada en el automóvil privado y en las autopistas, y la concentración de las actividades de consumo y recreación en los centros comerciales, los cuales, como lugares de concentración del comercio y los servicios, sustituyeron en los suburbios a la calle principal (*main street*) de las localidades intraurbanas o vecindarios tradicionales (Fishman, 1987; Zukin, 1995; Hayden, 2006).

dades de *privatización de los espacios de uso público y de la segmentación social del público usuario* o más bien de los públicos congregados en diferentes lugares (Cruz, 2001; Da Costa Gomes, 2001; Defilippis, 1997; Flusty, 2001; Ghorra-Gobin, 2001; Mitchell y Staeheli, 2006; Murray 2004).

Así, una primera acepción del proceso de privatización de los espacios públicos hace referencia a la proliferación de *equipamientos destinados al uso público pero estatutariamente de propiedad privada* y, por consiguiente, sujetos en principio a fines, usos y reglas de comportamiento definidos y asignados por sus propietarios. El ejemplo más claro de este tipo de equipamientos son los centros comerciales y los llamados “parques recreativos” o “temáticos”. La idea de privatización en estos casos hace referencia al hecho de que concentran en un área bajo control privado actividades —comprar, pasear, tomar un café, asistir a un espectáculo, ir al cine, comer en un restaurante— que tradicionalmente —o más bien, en la ciudad moderna— están vinculadas al uso de espacios *jurídicamente* públicos.

Una segunda acepción de la idea de privatización de espacios públicos es la de *cierre, clausura, vigilancia y control privados de espacios jurídicamente públicos*. En muchas ciudades latinoamericanas (cfr. Cabrales Barajas, 2002), incluida desde luego la ciudad de México, se ha vuelto un hecho muy común que las organizaciones vecinales cierren y controlen el acceso de las calles en áreas en que domina el uso habitacional y en que, por lo tanto, el tránsito vehicular *de paso* es derivado hacia alguna vialidad principal. En estos casos, el argumento comúnmente esgrimido es la “seguridad”.⁴

Una tercera acepción hace referencia a la *apropiación o control ejercido por grupos específicos sobre lugares en que, aunque permanezcan físicamente abiertos y formalmente continúen siendo públicos*, los grados de apertura, libertad de circulación, congregación de un público socialmente heterogéneo y diversidad de usos son limitados al ser apropiados en función de distintas formas de aprovechamiento privado (Da Costa Gomes, 2001). Esto ocurre en algunas modalidades principales. Una de ellas consiste en la apropiación de los espacios públicos para el desarrollo de la economía informal: vendedores ambulantes, cuidadores de automóviles, prestadores de

⁴ Dentro de esta misma acepción puede incluirse la difusión en las ciudades estadounidenses de una multiplicidad de prácticas y dispositivos que implican desde las restricciones al uso público de playas, estanques y lagos impuestas por residentes acomodados en diversas ciudades —Los Ángeles y Long Island, por ejemplo (Low, 2006: 82)— y el cierre, rediseño y vigilancia de parques y plazas públicas por entidades privadas (Turner, 2002; Low, 2006; Mitchell y Staeheli, 2006).

pequeños servicios en la vía pública. Otra se manifiesta mediante la afirmación de identidades territoriales basadas en un discurso de la diferencia y traducidas en el control de un territorio que es definido como propio y excluyente: entre otros, los casos de las bandas de jóvenes que disputan determinados territorios; los traficantes que imponen su control y su ley sobre las favelas; los grupos religiosos que se apropian de determinadas plazas (Da Costa Gomes, 2001).

La cuarta acepción corresponde a la *producción y organización del espacio de proximidad o local, a diferentes escalas, como hábitat privado, cuyo uso es restringido a los residentes*. Amplios sectores de las clases medias y altas se autosegregan por medio de enclaves residenciales cerrados, incorporando en ellos equipamiento de consumo y recreativo de uso exclusivo de los residentes en dichos enclaves.⁵ El primero y más evidente efecto del hábitat cerrado consiste en la eliminación del espacio de proximidad como espacio público y del conjunto de los bienes de uso colectivo como bienes públicos. Este hecho primordial se relaciona con un conjunto de efectos en cascada. En primer término y tanto más cuanto mayor sea su escala, el hábitat cerrado, dado su carácter introspectivo, se separa del medio circundante. En segundo lugar, esta separación implica que la conectividad y la accesibilidad se convierten en cuestiones centrales que desplazan el interés por lo que se encuentra en las inmediaciones; en la medida que el condominio, conjunto o desarrollo cerrado autoproduce su propio ambiente, puede prescindir del exterior inmediato. En tercer lugar, la gestión del hábitat se independiza de la gestión local y urbana, salvo por lo que se refiere a la vinculación con la infraestructura general. Por último, el hábitat cerrado por definición rompe la continuidad del tejido urbano y, en consecuencia, de las vías de circulación, o bien simplemente carece de vinculación espacial con dicho tejido. Desde luego, este efecto es tanto más importante cuanto mayor es el tamaño de la urbanización o conjunto de que se trate.

⁵ La difusión del hábitat cerrado no constituye un fenómeno que se difunde en todas las metrópolis ni se corresponde con las metrópolis globales. Es importante y creciente en metrópolis que, como México, São Paulo y Buenos Aires, según diversas clasificaciones se sitúan en el segundo o tercer rango de las ciudades “globales”, y prácticamente inexistente en metrópolis como Tokio o París, que son invariablemente ubicadas en la cima de tales clasificaciones (Janoschka y Glasze, 2003). Para una panorámica sobre los enclaves cerrados en América Latina, véanse los volúmenes coordinados por Giglia (2001), Cabrales Barajas (2002), Capron *et al.* (2006). En lo que se refiere a Estados Unidos, véase McKenzie, 1994.

En general, los lugares que resultan de la disociación de los espacios públicos y las prácticas urbanas se constituyen cada día más como micro-mundos regidos por reglas propias. Por lo tanto, no son fáciles de usar sin adiestramiento previo. En el mejor de los casos, se asemejan cada vez más a *sistemas expertos*⁶ cuyo funcionamiento hay que aprender, desde los procedimientos de entrada y salida (*tickets*, plumas, registros, controles, etc.), hasta el conocimiento de lo que se puede o no hacer en su interior. Es por eso que estos nuevos espacios, junto con nuevas reglas, establecen también nuevas prácticas urbanas que es preciso investigar. En todo caso, está claro que su proliferación genera crecientes problemas de movilidad en el ámbito metropolitano en la medida que rompen la continuidad del tejido urbano.

En resumen, hemos visto cómo el espacio público de la ciudad moderna se configura históricamente como un ámbito relativamente autónomo, regido por reglas propias, dependientes de las instituciones estatales y municipales. Un espacio en el que los derechos de uso de los particulares quedan limitados y reglamentados en favor del *uso público*, que no equivale a la suma de los usos particulares, sino que es de otro orden. Conviene en este punto recordar que el tipo ideal de *espacio público de la ciudad moderna* se basa en un conjunto de espacios y artefactos urbanos bajo dominio del poder público y asignado al uso de todos. Espacios que se desarrollaron en asociación con las funciones económicas y sociales del Estado, dando lugar en ciertos casos al conjunto de instituciones y programas conocidos como Estado Benefactor, Estado de Bienestar o Estado Social, en cuanto ámbito, junto con diversas instituciones como la escuela pública, de socialización en valores y hábitos mayoritariamente compartidos y de contacto, copresencia e interacción pacífica, civilizada y, hasta cierto punto, igualitario, de diferentes grupos y clases sociales. Es por ello que los espacios públicos pueden ser considerados al mismo tiempo expresión y vehículo de la *democratización* de la vida social. Simétricamente, la pérdida, en diversos grados, de accesibilidad e inclusividad de los espacios públicos indica una evolución en sentido contrario. Cuando se asiste a su creciente segmentación social, a una restricción creciente de sus grados de apertura, y cuando la jurisdicción pública democráticamente regulada y acotada es sustituida por corporaciones privadas o grupos de ciudadanos en tanto propietarios pri-

⁶ De acuerdo con Giddens, los sistemas expertos son “sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en que vivimos” (Giddens, 1994: 37).

vados, sin duda el carácter público de los espacios urbanos retrocede en la misma medida.

ESPECIFICIDADES DEL ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

En general, los análisis y debates en torno al espacio público moderno y su evolución contemporánea tienden a ignorar las características propias de distintas tradiciones urbanas y las relaciones que históricamente se desarrollaron respecto del espacio público. Así, si bien los rasgos característicos de la privatización y especialización de los espacios públicos en las metrópolis contemporáneas se encuentran presentes también en la ciudad de México, aquí los orígenes y las prácticas propias del espacio público asumen una fisonomía específica. A este respecto, creemos importante destacar un conjunto básico de fenómenos que se encuentran asociados a las condiciones actuales de los espacios públicos en la ciudad de México y a los procesos de privatización mencionados en el apartado anterior.

El primero de estos fenómenos tiene que ver con la *producción informal del espacio habitado*, que en esta ciudad da cuenta de más de la mitad del mismo a escala metropolitana (Connolly, 2005: 105-106, cuadro 3.2). Con este término nos referimos a la edificación de viviendas particulares sobre terrenos no urbanizados previamente y donde el proceso de producción del hábitat, para bien y para mal, se encuentra *de facto* en manos de los habitantes, quienes para lograrlo recurren no sólo al esfuerzo personal y familiar sino también a diversas formas de movilización colectiva. La *ciudad autoconstruida* que resultó de los vertiginosos procesos de urbanización no planeados,⁷ propios de los años de industrialización y urbanización aceleradas de la segunda posguerra, y que quedó inmortalizada en ciertas obras de arte cinematográficas que relatan la epopeya de la migración del campo a la ciudad capital,⁸ al mismo tiempo que continúa expandiéndose, constituye hoy día, en gran parte, un conjunto de espacios urbanos consolidados cuya perdurabilidad y viabilidad ya nadie pone en duda, pero que no fueron diseñados desde la óptica de la dimensión pública. Este hábitat autoproducido, caracterizado

⁷ La ausencia de planeación se refiere aquí, en primer término, a la falta de una regulación de conjunto de la expansión de la ciudad desde las instituciones públicas. En cuanto a los procesos de urbanización informal, en muchos casos, como lo ejemplifica en gran escala Nezahualcóyotl, han respondido a verdaderos *planes* y *planos* definidos por actores particulares fuera de los marcos normativos formalmente vigentes.

⁸ Por ejemplo, la película *Los olvidados* de Luis Buñuel, estrenada en 1950.

por una condición de perdurable precariedad y por una lógica de producción del espacio habitado que implica que el espacio público se reduzca por regla general a un mínimo indispensable a la circulación, debe ser considerado como una parte constitutiva del espacio urbano, que confiere una identidad *sui generis* a la problemática actual del espacio público en la ciudad de México. Se trata de una forma de producción del espacio urbanizado que se presenta asociada a la falta de una regulación de conjunto de la expansión de la ciudad desde las instituciones públicas. Esta ausencia de regulación repercute en la formas de usar el espacio público y en las interpretaciones acerca de los derechos y prerrogativas que los particulares tienen sobre él.

Un segundo fenómeno tiene que ver con las condiciones ostensibles de *deterioro, descuido y uso abusivo*, no de los espacios públicos emblemáticos en particular, cosa que también ocurre, sino de la generalidad de los espacios públicos ordinarios o banales, como las aceras, de los cuales dependen las condiciones prácticas en las que se usa y con las que transita cotidianamente la ciudad. Estas condiciones resultan en buena medida en que los usos y el mantenimiento de los espacios públicos dependan, nuevamente, de las iniciativas y necesidades de diferentes actividades y grupos de habitantes, más que de una aplicación efectiva y eficaz del dominio público. En otras palabras, a los abusos de los particulares sobre los espacios públicos corresponde una gestión gubernamental de los mismos caracterizada por una aplicación deficiente, incierta y contradictoria de las normas y por un muy débil o esporádico ejercicio del control y mantenimiento por parte de las administraciones locales.

En este contexto, el tercer fenómeno se refiere a la difusión creciente de *espacios residenciales cerrados* (ERC), que en la ciudad de México no sólo son una opción socialmente aceptable, sino también cada vez más buscada, de privatización de los espacios que circundan la vivienda y que está asociada a condiciones en las que los modos tradicionales de sostenimiento del orden y el control sociales (y urbano, en particular) son percibidos como insuficientes o ineficaces (Low, 2006: 86, Janoschka y Glasze, 2003). Por las mismas razones, la proliferación de espacios residenciales cerrados va acompañada en la ciudad de México por la difusión de una serie de dispositivos y servicios orientados a evitar a la población automovilizada el uso peatonal de los espacios públicos abiertos.⁹

⁹ A este respecto, resulta problemático apoyarse en datos “duros”, es decir, en estadísticas que reflejen esta tendencia, pero un recuento mínimo de ciertas prácticas y de

¿Pero qué importancia tiene esto en relación con el tema en discusión? Fundamentalmente, el hecho de que en la ciudad de México las formas de operación y gestión de los lugares de *uso público de propiedad privada* y de las distintas modalidades de hábitat cerrado *tienden a implantarse a expensas de la calidad y funcionalidad de los espacios jurídicamente públicos* y como una alternativa en competencia con éstos, en el sentido de que los espacios cerrados tienden cada vez más a organizarse con base en *reglas propias* y a instituirse, por lo tanto, como órdenes separados y *sui generis*.

Esto es claramente perceptible si pensamos en el microorden observable en los centros comerciales. ¿Qué es lo que determina que en la ciudad de México estos espacios de consumo se hayan constituido durante los últimos años, como veremos más adelante, en los lugares de esparcimiento preferidos para amplias porciones de la población? Está claro que los centros comerciales ofrecen una cierta *variedad* de opciones para la adquisición de bienes de consumo y para la recreación. Pero, ¿qué es lo que sus usuarios encuentran en ellos y *no* encuentran en los espacios públicos abiertos?

Por alguna razón, el microorden de los centros comerciales se caracteriza por el hecho de que las reglas son acatadas de modo casi generalizado, sin necesidad siquiera de que sean invocadas explícitamente. Si el microorden reglamentario de los centros comerciales funciona, esto se debe mucho más a que existe la predisposición del público a respetarlo que a los mecanismos para impedir que no se le respete. ¿A qué se debe esta predisposición? A que se trata de un contexto en el cual el público asistente asume implícitamente la *legitimidad* de las normas de uso y comportamiento.

los dispositivos desarrollados para el acceso y utilización de equipamiento por parte de dicha población despeja fácilmente las dudas. Actualmente, en la ciudad de México todos los equipamientos cuyo público predominante utiliza el automóvil como modo de desplazamiento habitual han incorporado dispositivos y servicios orientados a evitar a sus usuarios la necesidad de caminar para tener acceso a ellos. Así, las tiendas localizadas sobre ciertas vialidades (por ejemplo, una avenida como Insurgentes, que atraviesa de norte a sur la capital) han ido progresivamente haciendo retroceder sus fachadas para generar un espacio de estacionamiento destinado a los automóviles de sus clientes. Cuando esto resulta insuficiente debido a una gran afluencia de público en determinados horarios, como es el caso de los restaurantes, han optado, en el mejor de los casos, por adquirir y adecuar un predio contiguo como estacionamiento, haciendo posible que los automóviles sean recibidos y estacionados por el “*valet parking*”. Cuando esto no es posible y tampoco han podido contar con un predio cercano destinado al mismo fin, de todos modos el “*valet parking*” recibe los automóviles al frente del establecimiento para luego estacionarlos en calles aledañas.

En los centros comerciales predomina una *urbanidad* que es determinante para la vigencia del microorden que en ellos impera. La contrapartida de esta urbanidad, que se asume como exigible, es que quienes administran un centro comercial están obligados a ofrecer un conjunto de condiciones y servicios: limpieza, orden, libre circulación, trato correcto por parte del personal, que son precisamente los que otorgan *legitimidad* a las normas que regulan los comportamientos esperados.

En suma, en un contexto como el de la ciudad de México, más allá de la variedad de la oferta de consumo o de la seguridad, lo que el público de los centros comerciales encuentra en ellos es un elevado nivel de *certidumbre* respecto de la vigencia de un conjunto de normas de uso, comportamiento y gestión. Es decir, en los centros comerciales *no existen la ambivalencia e incertidumbre hacia el respeto de las normas* que prevalecen en las calles de la metrópoli. Exactamente lo opuesto de las expectativas que ese mismo público posee, con algunas excepciones, frente a los espacios jurídicamente públicos a cargo de los gobiernos locales, pero *de facto* gestionados en buena medida por distintos grupos de particulares, quienes terminan imponiendo sus propias normas. Un hecho que puede observarse, para mencionar sólo algunos ejemplos, en las zonas de concentración del comercio en la vía pública, en los paraderos del transporte concesionado y en las áreas donde el cierre y el control de acceso a las calles ha sido impuesto por grupos vecinales, pero también en los usos, el estado y las características de las banquetas o la autoasignación, por parte tanto de los habitantes como de los comerciantes, del uso exclusivo de la porción de calle situada frente a sus respectivas viviendas o locales, ya sea para estacionamiento propio o para evitar que se estacionen otros. En todos estos casos tienen mayor vigencia las reglas impuestas por los particulares, que las correspondientes al orden formal urbano.

De modo que, en la ciudad de México, la producción proporcionalmente creciente de espacios residenciales cerrados y el atractivo igualmente creciente ejercido por éstos como alternativa residencial, la generalización de la preferencia por el uso de espacios de consumo y recreativos cerrados y bajo control privado, el rechazo en aumento de los espacios abiertos y de libre acceso, y la proliferación de actitudes predatorias y de usos abusivos de los espacios públicos *se retroalimentan mutuamente*.

Otro elemento distintivo de la experiencia del espacio público en la ciudad de México se refiere a que el encuentro entre sujetos diferentes y desiguales, pero igualados por su común estatus de ciudadanos, no es algo

que caracterice al espacio público. En la ciudad de México, como veremos en detalle más adelante, las prácticas más banales y rutinarias del espacio urbano tienden hoy a diferenciarse según la estratificación social y espacial, generando un *entorno en el que existen lugares específicos para públicos específicos*, según su nivel de recursos y su ubicación en la metrópoli. La plaza o la calle públicas, donde cualquiera puede ir y venir, se vuelven cada vez menos atractivas para los sectores de población de ingresos medios y altos, que ven en estos lugares una multitud de riesgos incontrolables y en el encuentro imprevisto con personas distintas una fuente de agobio más que una oportunidad enriquecedora de la vida urbana. Al mismo tiempo se afirman otros ámbitos, restringidos y selectivos, con acceso filtrado (únicamente en auto, únicamente para los socios, únicamente para quien paga el boleto). La posibilidad de un encuentro inesperado se reduce, mientras crece la posibilidad de encontrarse con “gente como uno o con gente que está en tal lugar exactamente haciendo lo que yo también estoy haciendo”. Es el caso de los lugares para el consumo y el esparcimiento. En estas condiciones, la sociabilidad urbana, entendida como mezcla *sui generis* de reconocimiento del otro y de reserva, de interés e indiferencia, tiende a perder su sentido. Las personas con las que se es sociable tienden cada vez más a parecerse entre ellas y las situaciones de encuentro se vuelven estereotipadas. La libertad implícita en la posibilidad de diferenciar las representaciones (o facetas) de uno mismo según los distintos espacios que se frecuentan disminuye en la medida en que los sujetos interactúan en redes de relaciones cada vez más densas, en las que todos se conocen o podrían fácilmente llegar a conocerse. El anonimato del *flâneur* en su paseo extasiado por las calles de París, “capital del siglo XIX”, según el famoso ensayo de Benjamin (1967), el anonimato en cuanto requisito positivo de la experiencia urbana de la ciudad moderna, como sinónimo de libertad y oportunidad, parece haber dejado de ser un ingrediente deseable de la experiencia urbana en la gran metrópoli: es preferible moverse entre gente y lugares conocidos, o por lo menos entre gente y lugares fácilmente reconocibles como aptos y seguros para uno.

Por lo demás, las diferencias (culturales y étnicas) y las desigualdades (económicas, de oportunidades, de clase) forman parte de la experiencia cotidiana de los habitantes de la ciudad de México en al menos dos dimensiones, una que es propia del ámbito privado y otra del ámbito público. *Pero ninguna de estas dos dimensiones tiene que ver con la experiencia de lo público en cuanto lugar de encuentro entre ciudadanos con igualdad de derechos, sino entre diferentes que se asumen como desiguales.*

La primera de estas dimensiones tiene que ver con la vida doméstica. Las relaciones interculturales de desigualdad llenan la experiencia del espacio privado y la vida familiar. En México existe una situación de interculturalidad *histórica*, propia de la esfera doméstica y privada, por la vía de las relaciones de servidumbre.¹⁰ En la ciudad de México, una familia de clase media puede gozar de un conjunto de servicios, como los prestados por una o más mucamas de tiempo completo, que en otras metrópolis del mundo occidental son prerrogativa exclusiva de los más ricos y que, además, no es fácil encontrar en el mercado laboral.

La segunda dimensión tiene que ver con la experiencia del espacio público desde la posición del consumidor al cual se le prestan servicios para, precisamente, facilitarle el consumo. En lugares como los centros comerciales, los supermercados y los restaurantes abunda el personal cuyo trabajo es, desde una posición de subordinación, ayudar al consumidor a consumir. Empacadores, cuidadores de coches, vigilantes y *valets parking* suelen depender para su sustento de las propinas del consumidor, ya que casi nunca reciben un sueldo por su trabajo. Por ejemplo, en el supermercado un adolescente o, menos comúnmente, una persona mayor se encarga de poner todo lo que uno ha comprado en las bolsas de plástico. Conforme va llenando las bolsas las pone en el carrito. Es un trabajo muy solicitado, ya que mientras uno llena las bolsas, por lo menos otros tres o cuatro están afuera, sentados en una banca y platicando entre ellos a la espera de que llegue su turno para poder trabajar. También, al salir del supermercado, un hombre se acerca y pregunta si puede ayudar a llevar el carrito hasta el coche y acomodar las bolsas de las compras en la cajuela, por lo cual recibe igualmente una propina. En cualquier lugar con estacionamiento —como es el caso de casi todos los lugares públicos frecuentados por la población automovilizada— el automovilista encontrará alguien que le ayuda a estacionarse a cambio de una propina o un *valet parking* que se lleva su automóvil y lo estaciona, y alguien que le ofrece lavarlo e incluso encerarlo. Al llegar a un restaurante de mediana calidad habrá una persona encargada de

¹⁰ Estas relaciones desiguales en el ámbito doméstico empiezan a ser posibles también en las ciudades europeas, en la medida que existe la posibilidad de emplear personal que procede de otros mundos culturales y que se encuentra, por ser ilegal, en condiciones de absoluto desamparo (Miranda, 2003). Sin tener la menor pretensión de ofrecer referencias exhaustivas, sugerimos aquí la lectura de Alicia Castellanos (2000) sobre el racismo en México y el ensayo de Martha de Alba *et al.* (2005) sobre el sistema de castas.

acompañar a los clientes a su mesa, otra que limpia la mesa (el garrotero), otra que llega para tomar la orden y otra —el mesero, propiamente dicho— que sirve la comida. Todas estas figuras de servidores y ayudantes llenan la experiencia de la metrópoli de relaciones de desigualdad declinadas en la forma de cliente-prestador de servicio.

Una faceta específica del consumidor en esta gran ciudad es la que proponemos llamar del *consumidor automovilizado*.¹¹ Quizá la principal oportunidad de encuentros cercanos entre sujetos social y culturalmente muy distantes se da en los semáforos, en los cruces viales, donde los automovilistas, detenidos temporalmente, son abordados por un sinnúmero de vendedores ambulantes y prestadores de servicios como limpiaparabrisas, quitapolvos, mimos, vendedores de periódicos, dulces, contenedores de plástico, mapas de la ciudad o del planeta, muñecos, pulseras, accesorios para autos y muchos otros objetos cuya oferta, sólo en apariencia caótica, en realidad responde con precisión a diferentes exigencias y circunstancias de la movilidad metropolitana.¹² Al pasar una y otra vez por los mismos semáforos, a lo largo de las rutas más habituales, se puede llegar a reconocer a tal o cual vendedor e incluso a convertir el encuentro en una parada habitual (o, por lo menos, recurrente) para comprar el periódico, un capuchino, un jugo de frutas, unas gomas de mascar y, de vez en cuando, algunas cosas más insólitas, como un queso manchego producido en una granja menonita, un juguete para el niño de la casa, unas flores, un abanico para la abuela en tiempos de calor, una mesita para la cama y hasta una piel de oveja o un pequeño librero. Los cruces de la metrópoli son lugares donde los pobres y los ricos, los *güeros*¹³ y los morenos, los citadinos y los indíge-

¹¹ Los habitantes provistos de automóvil representan todavía una minoría de la población, prácticamente coincidente con las clases media y alta y con algunos sectores de clase trabajadora, sobre todo quienes trabajan en forma independiente y necesitan un vehículo para desempeñar su trabajo (maestros albañiles, plomeros, carpinteros, vendedores de cortinas o de tapicerías, y otros artesanos que prestan sus servicios a domicilio, quienes usan el automóvil como un instrumento para transportar sus herramientas y materiales de trabajo). Sin embargo, la compra de automóviles nuevos se ha incrementado enormemente en los últimos años, dando lugar a un rápido crecimiento del parque vehicular.

¹² Véase el trabajo de Monnet, Giglia y Capron (2007) sobre el ambulante en los cruces de la ciudad de México como un servicio a la movilidad, es decir, un servicio prestado a un cliente en tránsito.

¹³ *Güero* es el término coloquial con el que se indica en el español usado en México a las personas de piel blanca. Es un término de connotaciones ambiguas, ya que puede ser usado para halagar a alguien, pero al mismo tiempo es sinónimo de “vacuo”, “vacío”.

nas recién llegados del campo pueden mirarse y eventualmente intercambiar alguna mercancía o prestación a cambio de dinero.

En estos lugares típicos de la metrópoli que son los altos a la circulación, los automovilistas y los vendedores ambulantes experimentan al mismo tiempo su complementariedad de consumidores-vendedores, sus diferencias económicas, socioculturales y étnicas, y la desigualdad de su condición. Se miran o se eluden, se reconocen sin hacerlo explícito, ya que a menudo los unos y los otros comparten diariamente el mismo lugar, aunque sea por unos segundos, se piden o se evitan recíprocamente, se llaman, regatean y algunas veces se saludan como viejos conocidos. En muchos casos —como cuando una joven mujer con un bebé en brazos se acerca y limpia con un trapito nuestro espejo retrovisor o cuando se nos acercan unos niños después de exhibirse con unas piruetas sobre el asfalto— el pago por la prestación o por el espectáculo se confunde con la limosna, ya que se acompaña de un sentimiento de compasión.¹⁴ En suma, si en el espacio público urbano es todavía posible toparse con *el otro*, hacer la experiencia de la diferencia cultural, no se puede decir que se trate de encuentros interculturales de comunicación e intercambio entre iguales. En la intimidad de las casas, así como en el bullicio de las calles de la metrópoli, los encuentros entre diferentes son casi siempre encuentros entre desiguales, en relaciones de complementariedad y en posiciones de subordinación los unos hacia los otros.

En suma, en la ciudad de México, la cercanía efectiva de las prácticas urbanas a las características típico-ideales del “espacio público de la ciudad moderna”, tal como las discutimos en el primer apartado, en la actualidad evoluciona en lo fundamental en la dirección inversa: deterioro de los espacios jurídicamente públicos, fuerte segmentación social de sus usos y marcada estratificación social de los públicos según distintos tipos de lugares y equipamientos.

Estos fenómenos se concretan en el marco de una sociedad fuertemente polarizada, en la que tanto las actividades económicas informales como

¹⁴ Cabe subrayar que el número de vendedores ambulantes ha rebasado con mucho el umbral que permitiría vivir de este trabajo. Además, desde hace poco más de un año, realizar estas actividades ha sido decretado como ilegal, mediante una Ley de Cultura Cívica que las prohíbe explícitamente, pero que ha quedado totalmente inaplicada y se ha convertido más bien en un instrumento de extorsión para los policías, quienes dejan que los vendedores permanezcan en sus lugares de trabajo a cambio de una cantidad de dinero que ellos se embolsan.

las modalidades informales de producción del espacio habitado poseen un lugar destacado, los usos de los espacios jurídicamente públicos están fuertemente marcados por actitudes ambivalentes y por una capacidad limitada del poder público para hacer efectivo el *dominio público*, y donde la proliferación de espacios de uso público bajo control privado y la privatización del espacio de proximidad (proliferación de espacios residenciales cerrados) se presentan como la contrapartida de un rechazo creciente, al menos por parte de la población automovilizada, a los espacios públicos abiertos.

A CADA QUIEN SUS LUGARES: LA DIVISIÓN SOCIAL DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO

En el apartado anterior desarrollamos una serie de reflexiones en torno a la condición actual de los espacios públicos en la ciudad de México y las dinámicas que subyacen a diferentes modalidades de privatización de los espacios en los que se inscribe la vivienda. En este apartado presentaremos algunas grandes tendencias que muestran actualmente las prácticas de frecuentación de espacios y equipamiento públicos por parte de diferentes estratos sociales en la metrópoli. Se trata básicamente de examinar algunas prácticas de consumo, en particular las de carácter recreativo, en las que el uso de los espacios públicos, a diferencia del que depende de rutinas necesarias, como ir y regresar del trabajo cotidianamente, pone en juego diversos grados de elección y selección por parte de quienes las llevan a cabo. Con esto pretendemos presentar un conjunto de evidencias que ilustran lo que proponemos llamar *división social del espacio público* en la ciudad de México, esto es, la existencia de una serie de correspondencias observables entre tipos de públicos y tipos de espacios y equipamientos.

Este examen, basado en los resultados de una investigación sobre la división social del espacio y el orden urbano en la ciudad de México (Duhau y Giglia, 2008), se apoya en el análisis, a escala metropolitana, de evidencias surgidas del trabajo realizado en un conjunto de 20 *áreas testigo*, localizadas en diferentes partes de la metrópoli (véanse cuadro 9.1 y mapa 9.1), correspondientes a diferentes zonas y estratos socioespaciales.¹⁵ Estas áreas testigo

¹⁵ En la ciudad de México se denomina “colonia” al tipo de subdivisiones de la ciudad que en otras ciudades suelen denominarse “barrios”, en tanto que se reserva el apelativo de barrio a algunos antiguos sectores populares cercanos al Centro Histórico o colindantes con algunas de las que fueron antiguas villas coloniales, como los centros de las actuales delegaciones del Distrito Federal, Coyoacán y Tlalpan.

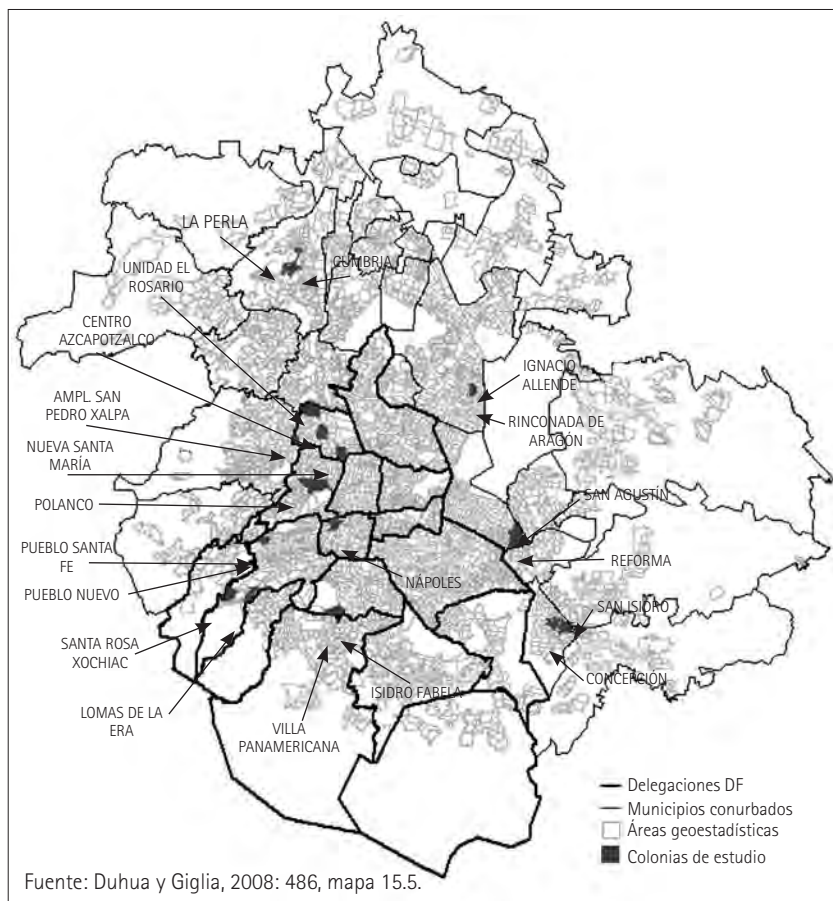
Cuadro 9.1. Áreas testigo. Estrato socioespacial (2000) y población (1990 y 2000)

Cuadro 9.1. Áreas testigo. Estrato socioespacial (2000) y población (1990 y 2000) (concluye)

Área testigo	Misma colonia	Ctro. Los Reyes	C. Histórico	Sta. Martha	Otros	No sabe/ no contestó	No aplica	Suma
REFORMA	Misma colonia	Ctro. Los Reyes	C. Histórico	Sta. Martha				
Primera opción	42.3	5.7	2.4	1.6	3.3	2.4	42.3	100
Segunda opción	2.4	3.3	1.6	0.8	3.3	46.3	42.3	100
PUEBLO NUEVO	Misma colonia	Tacubaya	La Marquesa	Condesa				
Primera opción	9.7	8.1	6.5	3.2	16.1	0.0	56.5	100
Segunda opción	0.0	0.0	6.5	0.0	4.8	32.3	56.5	100
ISIDRO FAVELA	Misma colonia	Pza. Cuicuilco	C. Univers.	V. Panamericana	Huipulco			
Primera opción	28.6	4.3	2.9	2.9	15.7	4.3	38.6	100
Segunda opción	0.0	0.0	0.0	0.0	1.4	60.0	38.6	100
IGNACIO ALLENDE	Misma colonia	Pza. Aragón	Lindavista	Cd. Azteca	C. Histórico			
Primera opción	11.6	11.6	2.9	2.9	18.8	1.4	47.8	100
Segunda opción	1.4	2.9	0.0	4.3	10.1	31.9	47.8	100
PUEBLO SANTA FE	Misma colonia	Tacubaya	C. Histórico	C.C. Sta. Fe				
Primera opción	30.4	6.3	3.8	2.5	7.6	1.3	48.1	100
Segunda opción	1.3	0.0	1.3	2.5	7.6	39.2	48.1	100
AZCAPOTZALCO	Misma colonia	Nva. Sta. María						
Primera opción	52.0	3.0			7.0	3.0	35.0	100
Segunda opción	24.0	0.0			4.0	37.0	35.0	100

UNIDAD EL ROSARIO	Misma colonia	C. Azcapotzalco	Lindavista	Clavería	Pza. Satélite			
Primera opción	19.6	6.2	3.1	2.1	2.1	20.6	5.2	41.2
Segunda opción	6.2	1.0	1.0	0.0	1.0	5.2	44.3	41.2
RINCONADA DE ARAGÓN								
Primera opción	Misma colonia	Cd. Azteca	Lindavista	Pza. Aragón	Insurgentes	San Cristóbal	Texcoco	
Segunda opción	20.2	3.0	4.0	3.0	2.0	2.0	2.0	18.2
	1.0	1.0	0.0	1.0	0.0	0.0	0.0	8.1
								5.1
								48.5
VILLA PANAMERICANA	Misma colonia	Coyoacán	Perisur	Polanco	Gran Sur	San Ángel	Condesa	
Primera opción	18.7	6.7	6.7	3.3	2.0	2.0	1.3	32.7
Segunda opción	0.7	0.7	1.3	2.0	0.7	0.0	0.7	16.7
								4.0
								54.7
NVA. STA. MARIA	Misma colonia	Polanco	C. Azcapotzalco	C. Histórico	Roma	Clavería	Del Valle	
Primera opción	37.0	8.0	7.0	3.0	2.0	2.0	2.0	33.0
Segunda opción	0.0	1.0	5.0	3.0	0.0	1.0	1.0	2.0
								6.0
								52.0
CUMBRIA	Misma colonia	Ctro. urbano	Satélite	C. Histórico				
Primera opción	39.0	8.1	4.4	1.5				5.1
Segunda opción	5.1	5.9	0.0	0.0				5.1
								8.8
								50.7
POLANCO	Misma colonia	Condesa	Juárez	Del Valle	C. Histórico	Anáhuac		
Primera opción	52.0	8.0	4.0	3.0	2.0	2.0		10.0
Segunda opción	9.0	7.0	4.0	0.0	2.0	0.0		13.0
								5.0
								51.0
NÁPOLES	Misma colonia	Polanco	Del Valle	Condesa	Roma	Coyoacán	San Ángel	
Primera opción	52.7	4.7	3.9	2.3	2.3	1.6	1.6	10.9
Segunda opción	5.4	3.1	2.3	2.3	0.0	0.8	1.6	8.5
								2.3
								58.1

Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 193, cuadro 7.1.



Mapa 9.1. Localización de áreas testigo.

Mapa disponible en <<http://www.colmex.mx/gpm/vol.2/mapa9.1.jpg>>.

representan en conjunto, de acuerdo con la perspectiva adoptada en la investigación de referencia, los diversos tipos de hábitat urbano coexistentes en la metrópoli, así como los seis estratos socioespaciales en los que clasificamos estadísticamente el conjunto del espacio habitado de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Así, en las áreas testigo están representadas colonias populares, fraccionamientos periféricos de clase media, unidades habitacionales de interés social, colonias de nivel alto situadas en la ciudad central, pueblos conurbados y una antigua cabecera administrativa (Azcapotzalco).

Estas áreas testigo fueron clasificadas mediante la aplicación de la técnica de conglomerados en seis estratos socioespaciales definidos con base en cinco variables,¹⁶ elaboradas a partir de indicadores censales disponibles del año 2000 para áreas geoestadísticas básicas.¹⁷ La denominación de estos estratos como socioespaciales hace referencia a que implican ciertas características urbanas de una determinada área y otras características relevantes de la población residente. Con base en la clasificación del espacio habitado en términos de tipos de contexto urbanos y estratos *socioespaciales*, en la investigación antes mencionada se caracterizaron las formas adoptadas por la *división social del espacio metropolitano*, entendida como los patrones seguidos por la distribución de la población en el espacio habitado de acuerdo con sus características socioeconómicas.

En todas las áreas testigo se aplicaron diferentes instrumentos destinados a relevar prácticas y discursos relacionados con el uso y las representaciones de diferentes espacios urbanos y de la ciudad en su conjunto, entre otros: etnografía de prácticas en el espacio público, entrevistas en profundidad y una encuesta domiciliaria.¹⁸ Esta última tuvo como propósito recoger evidencias susceptibles de ser analizadas estadísticamente respecto, entre otras cosas, de las prácticas socioespaciales de los habitantes residentes en las áreas testigo. El número de cuestionarios aplicado en cada una de estas áreas está señalado bajo el encabezado N (tamaño de la muestra) en los cuadros 9.2 a 9.7, en los cuales se presenta la distribución de las respuestas a distintas preguntas relacionadas con prácticas de consumo.

En una enorme zona metropolitana como la de la ciudad de México se espera que, salvo excepciones debidas sobre todo a actividades laborales específicas —por ejemplo, una persona cuyo trabajo consiste en atender clientes en el conjunto de la metrópoli—, la enorme mayoría de los habi-

¹⁶ Las cinco variables utilizadas son: porcentaje de viviendas con disponibilidad de agua entubada en el interior; porcentaje de viviendas que cuentan con calentador de agua; porcentaje de viviendas que disponen de computadora; porcentaje de la población ocupada que recibe más de cinco salarios mínimos, y porcentaje de la población de 18 años o más que cuenta con educación superior.

¹⁷ A partir del Censo General de Población y Vivienda de 1990, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía divide el territorio, para fines de los levantamientos censales, en polígonos a los que denomina “áreas geoestadísticas básicas” (AGEB), las cuales, para el caso del área urbana metropolitana tomada aquí como referencia, abarcan una población promedio de 3 933 habitantes.

¹⁸ Debido a los limitados recursos para la aplicación de la encuesta debimos contentarnos con trabajar con un margen de error de ± 10 por ciento.

tantes se traslade y frecuente lugares que corresponden a circuitos definidos y reiterados y a localizaciones que tienden a concentrarse en áreas o porciones delimitadas del espacio metropolitano. La cuestión aquí es preguntarse hasta dónde la construcción de estos mapas selectivos se diferencia entre un tipo de contexto socioespacial y otro, reflejando así las diferencias entre sectores sociales. Así, las preguntas que guían este apartado son las siguientes: ¿cómo usan y cómo perciben los habitantes de la metrópoli la enorme diversidad de equipamiento y lugares para el consumo que se distribuyen a lo largo y ancho del espacio metropolitano?, ¿es posible observar pautas de preferencia y percepción de estos equipamientos y lugares asociadas a la estructura socioespacial?, ¿en qué medida estas pautas, si es que existen, expresan una *división social* discernible de los espacios públicos?, ¿es posible identificar modos de percibir y practicar la metrópoli y la enorme diversidad de lugares que la conforman, así como las reglas que orientan percepciones y prácticas del espacio, que, por decirlo así, se presentan diferenciadas en términos de la estructura socioespacial?

HACER LAS COMPRAS

Como lo explica una abundante literatura, *ir de compras o hacer las compras* no es de ninguna manera una actividad exclusivamente utilitaria (Baudrillard, 1978; Bourdieu, 1979; Featherstone, 1991; García Canclini, 1995) y, al mismo tiempo, que esté sujeta a restricciones materiales y que deba ser analizada teniendo en cuenta el contexto socioespacial en el que se realiza, lo que implica a menudo prácticas idiosincrásicas (Williams *et al.*, 2001: 204). De modo que, lejos de ser una actividad puramente instrumental, ir de compras se mezcla de manera inextricable con el esparcimiento, ir de paseo y con otras actividades vinculadas a la vida cotidiana. Como lo demuestra un reciente y pormenorizado estudio comparativo, los centros comerciales en la ciudad de México (Sabatier, 2006) han evolucionado en años recientes de ser, de modo absolutamente dominante, grandes agrupamientos de tiendas departamentales y cadenas dedicadas a la distribución de bienes de consumo durable a constituirse en complejos al mismo tiempo comerciales y recreativos. Por otro lado, salvo cuando se trata de la adquisición de productos de primera necesidad y aun muchas veces en esos casos, “salir de compras” constituye la mayoría de las veces una actividad simultáneamente práctica y recreativa. ¿Cómo explicar de otra forma que,

entre las respuestas a la pregunta sobre los lugares a los que acostumbran ir a pasear, una respuesta frecuente entre los habitantes de las colonias populares sea “el supermercado”?

Como veremos, las prácticas relacionadas con la adquisición de bienes de consumo, en mucha mayor medida que aquéllas explícitamente recreativas que examinaremos más adelante, tienden a circunscribirse al espacio de proximidad o al menos a lugares tan próximos como lo permita la distribución de los equipamientos correspondientes y a atenerse a una economía de la movilidad, que consiste en conseguir las cosas con el menor esfuerzo y en el menor tiempo posibles.

En lo que respecta a las prácticas de compra rutinarias y su relación con la movilidad cotidiana, éstas se presentan en la aglomeración metropolitana marcadas actualmente por dos grandes tendencias en la organización de las opciones de consumo. La primera de estas tendencias consiste en una *amplia difusión espacial desde los años noventa de las grandes superficies comerciales y las cadenas globalizadas de entretenimiento*, en particular las grandes cadenas de supermercados y los cines, los cuales actualmente están presentes, a diferencia de lo que ocurría hasta los años ochenta del siglo pasado, en las áreas marcadamente populares y con elevados índices de pobreza. La segunda tendencia consiste en una verdadera explosión del comercio informal y callejero.

En el contexto definido por estas dos grandes tendencias, lo primero que debemos destacar en lo que respecta a la compra de tres tipos genéricos de artículos —*de consumo diario, de uso personal y para el hogar*—¹⁹ es que la distribución de las respuestas respecto de los lugares y establecimientos frecuentados al efecto, además de mostrar significativos contrastes de acuerdo con el estrato socioespacial en el que se ubica el lugar de residencia, pone precisamente en evidencia que el consumo se distribuye entre

¹⁹ El cuestionario de la encuesta incluyó preguntas con respecto a las opciones preferidas para estos tres tipos de artículos: *artículos de consumo diario*, fundamentalmente alimentos, bebidas y artículos de limpieza, es decir, aquellos artículos de consumo que se destruyen o transforman al ser utilizados y que son útiles para el conjunto de los integrantes del hogar; *artículos de uso personal*, los que se destruyen o no al ser consumidos y están destinados a ser utilizados por cada individuo en particular o son de interés preponderantemente individual (cosméticos y artículos de higiene personal, ropa, calzado, libros, discos); *artículos para el hogar*, los artículos de consumo duradero, destinados normalmente al uso compartido por todos los miembros del hogar (muebles, electrodomésticos, aparatos electrónicos y línea blanca, sobre todo).

Cuadro 9.2. Opciones preferidas para la compra de artículos de consumo diario (porcentajes)

Área testigo	Estrato socioespacial	T. abarrotados		M. público		Tiangulis		Súper		Otras		No sabe/No contestó	
		01	02	01	02	01	02	01	02	01	02	01	02
		N											
San Isidro	Muy bajo	45.0	3.0	37.0	15.0	7.0	30.0	9.0	20.0	1.0	3.0	1.0	29.0
Concepción	Muy bajo	37.9	3.4	31.0	16.1	13.8	16.1	13.8	19.5	0.0	11.5	3.4	33.3
San Agustín	Bajo	35.9	7.6	40.2	19.6	17.4	26.1	2.2	10.9	1.1	3.3	3.3	32.6
La Perla	Bajo	41.0	1.2	26.5	6.0	15.7	19.3	14.5	30.1	2.4	6.0	0.0	37.3
Pueblo Nuevo	Bajo	95.2	0.0	0.0	29.0	3.2	9.7	1.6	46.8	0.0	1.6	0.0	12.9
Lomas de la Era	Bajo	50.0	6.0	14.0	9.0	10.0	6.0	24.0	31.0	2.0	1.0	0.0	47.0
Sta. Rosa Xochiac	Bajo	60.0	3.5	16.5	9.4	14.1	23.5	7.1	24.7	1.2	1.2	1.2	37.6
Amp. S. Pedro Xalpa	Bajo y medio-bajo	19.3	2.5	36.1	23.5	7.6	13.4	31.1	14.3	4.2	8.4	1.7	37.8
Reforma	Medio-bajo	46.3	1.6	33.3	23.6	13.8	26.0	4.9	17.1	0.8	5.7	0.8	26.0
Ignacio Allende	Medio-bajo	29.0	1.4	30.4	10.1	7.2	10.1	24.6	37.7	7.2	5.8	1.4	34.8
Isidro Fabela	Medio-bajo	5.7	2.9	40.0	11.4	1.4	8.6	45.7	10.0	7.1	1.4	0.0	65.7
P. Sta. Fe	Medio-bajo	50.6	6.3	17.7	25.3	10.1	7.6	17.7	25.3	1.3	0.0	2.5	35.4
Azcapotzalco	Medio	35.0	12	37.0	25	11.0	10.0	9.0	17.0	5.0	6.0	3.0	30.0
U.H. El Rosario	Medio	17.5	2.1	22.7	6.2	20.6	11.3	32.0	21.6	4.1	7.2	3.1	51.5
V. Panamericana	Medio-alto	14.7	3.3	5.3	8.0	2.7	13.3	72.7	10.7	4.7	2.7	0.0	62.0
Rinc. de Aragón	Medio-alto	18.2	3.0	13.1	1.0	10.1	6.1	56.6	25.3	2.0	1.0	0.0	63.6
Nva. Sta. Maria	Medio-alto	12.0	12.0	20.0	13.0	5.0	1.0	58.0	32.0	5.0	1.0	0.0	41.0
Cumbria	Medio-alto												
y alto		34.6	0.7	22.1	11.0	16.9	13.2	19.1	22.8	6.6	11.8	0.7	40.4
Nápoles	Alto	20.9	3.9	0.8	4.7	1.6	3.9	72.1	19.4	4.7	1.6	0.0	66.7
Polanco	Alto	2.0	0.0	1.0	1.0	5.0	2.0	85.0	7.0	1.0	2.0	6.0	88.0
Total		31.8	3.8	21.7	13.0	9.7	12.9	32.3	21.1	3.2	4.3	1.4	44.8

O1: primera opción; O2: segunda opción.
Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 476, cuadro 15.1.

múltiples modalidades formales e informales, de acuerdo con una selección de *opciones pautadas por la división social del espacio metropolitano* (cuadros 9.2, 9.3 y 9.4).

Como era de esperarse, en las áreas testigo clasificadas en los estratos socioespaciales medio y alto predomina la elección de modalidades formales del comercio, mientras que lo inverso sucede en las clasificadas en los estratos de la mitad inferior del espectro. En conjunto, *la inclinación por opciones formales e informales se presenta claramente asociada al estrato socioespacial*, en el sentido de que cuanto más alto es éste mayor es el grado de preferencia por las opciones formales y, por lo tanto, por las grandes cadenas comerciales. Sin embargo, esta asociación resulta matizada para los estratos de bajos ingresos, sobre todo en lo que respecta a la frecuentación de los supermercados con el objeto de adquirir bienes de consumo cotidiano, a su grado de accesibilidad *espacio-temporal*, es decir, no se trata sólo de la distancia entre el lugar de residencia y determinado(s) equipamiento(s) comercial(es), sino de los tiempos requeridos para desplazarse de acuerdo con las vías de comunicación y medios de transporte disponibles. Así, en las áreas testigo ubicadas en los estratos socioespaciales correspondientes a la mitad inferior de la clasificación que cuentan con supermercados fácilmente accesibles en transporte público o a pie, la frecuentación de los mismos es mucho mayor que en aquéllas donde no ocurre así.

Un comportamiento semejante se observa en relación con las opciones preferidas para la compra de artículos de consumo personal, donde por un lado se advierte que para las áreas testigo clasificadas en los estratos muy bajo, bajo y medio-bajo, la preferencia por tianguis y comercio en la vía pública es muy elevada. En contraste, resulta muy notoria la escasa utilización de opciones informales para este tipo de bienes en las áreas testigo correspondientes a los estratos socioespaciales medio-alto y alto —Nueva Santa María, Nápoles y Polanco— (cuadro 9.3).

En cuanto a las opciones preferidas para la compra de artículos para el hogar, en las cinco áreas testigo situadas en los estratos socioespaciales medio-alto y alto, las que hemos clasificado como populares y tradicionales en el cuadro correspondiente (cuadro 9.4) tienen un papel muy reducido, al mismo tiempo que muestran su presencia más elevada en las cuatro áreas testigo que corresponden a colonias populares situadas en el oriente de la aglomeración (San Isidro, Concepción, San Agustín y Reforma). Otro rasgo muy marcado que muestra la distribución de las preferencias según el estrato socioespacial para la adquisición de este tipo de bienes es que si bien

Cuadro 9.3. Opciones preferidas para la compra de artículos de uso personal (porcentajes)

Área testigo	Estrato socioespacial	Tianguis/ Ambulantes		Super mercado		Centro de la ciudad		Tiendas departamentales		Centro comercial		Tepito/ Lagunilla		Aboneros		N		
		01		02		01		02		01		02		01			02	
San Isidro	Muy bajo	56.0	3.0	7.0	4.0	6.0	9.0	9.0	2.0	10.0	5.0	3.0	3.0	3.0	4.0	100		
Concepción	Muy bajo	58.6	0.0	12.6	14.9	5.7	8.0	0.0	0.0	6.9	5.7	5.7	0.0	3.4	8.0	87		
San Agustín	Bajo	60.9	3.3	5.4	2.2	13.0	7.6	2.2	1.1	8.7	2.2	4.3	6.5	1.1	6.5	92		
La Perla	Bajo	48.2	1.2	18.1	4.8	2.4	3.6	1.2	1.2	20.5	16.9	1.2	2.4	3.6	3.6	83		
Pueblo Nuevo	Bajo	43.5	3.2	4.8	12.9	38.7	11.3	0.0	3.2	1.6	0.0	3.2	6.5	0.0	9.7	62		
Lomas de la Era	Bajo	24.0	6.0	35.0	6.0	14.0	11.0	7.0	4.0	13.0	9.0	2.0	1.0	1.0	2.0	100		
Sta. Rosa Xochiac	Bajo	44.7	4.7	29.4	11.8	2.4	1.2	3.5	1.2	10.6	3.5	2.4	4.7	3.5	1.2	85		
Amp. S. Pedro Xalpa	Bajo y medio-bajo	29.4	5.0	19.3	16.0	10.9	9.2	6.7	5.9	15.1	9.2	7.6	6.7	4.2	3.4	119		
Reforma	Medio-bajo	53.7	2.4	7.3	6.5	17.9	15.4	3.3	0.8	3.3	3.3	8.9	3.3	2.4	7.3	123		
Ignacio Allende	Medio-bajo	18.8	1.4	17.4	10.1	14.5	13.0	10.1	0.0	13.0	13.0	17.4	2.9	5.8	1.4	69		
Isidro Fabela	Medio-bajo	21.4	5.7	35.7	7.1	12.9	2.9	4.3	4.3	12.9	1.4	1.4	0.0	2.9	1.4	70		
P. Sta. Fe	Medio-bajo	24.1	3.8	13.9	5.1	24.1	5.1	2.5	3.8	12.7	1.3	13.9	5.1	2.5	2.5	79		
Azcapotzalco	Medio	37.0	17.0	18.0	10.0	3.0	7.0	11.0	3.0	4.0	4.0	11.0	4.0	8.0	4.0	100		
U.H. El Rosario	Medio	25.8	0.0	29.9	6.2	8.2	3.1	8.2	6.2	14.4	8.2	5.2	5.2	0.0	0.0	97		
V. Panamericana	Medio-alto	7.3	1.3	40.0	8.0	8.7	4.0	19.3	10.0	17.3	9.3	1.3	0.0	0.0	0.0	150		
Rinc. de Aragón	Medio-alto	17.2	3.0	43.4	12.1	7.1	6.1	11.1	5.1	10.1	9.1	5.1	3.0	1.0	0.0	99		
Nva. Sta. María	Medio-alto	6.0	6.0	34.0	6.0	9.0	9.0	23.0	5.0	19.0	18.0	2.0	1.0	0.0	0.0	100		
Cumbria	Medio-alto y alto	20.6	0.7	14.7	4.4	4.4	7.4	27.9	9.6	14.7	14.0	0.7	0.0	8.8	2.9	136		
Nápoles	Alto	3.1	0.0	27.1	8.5	2.3	3.1	38.0	5.4	20.9	17.8	0.8	0.0	0.0	0.0	129		
Polanco	Alto	0.0	0.0	12.0	1.0	0.0	2.0	71.0	8.0	4.0	2.0	0.0	0.0	0.0	0.0	100		
Total		28.7	3.3	21.8	7.8	9.4	6.9	14.4	4.4	12.0	8.1	4.5	2.6	2.6	2.7	1980		

O1: primera opción; O2: segunda opción.

Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 478, cuadro 15.2.

Cuadro 9.4. Opciones preferidas para la compra de artículos para el hogar.
Primera opción (porcentajes)

Área testigo	Estrato socioespacial	Cadenas y grandes superficies				Modalidades populares y tradicionales				
		Tiendas A. del hogar	Super-mercado	Tiendas depart.	Centros comerciales	Sub-total	Tianguis	Aboneros	Tepito/ Lagunilla	Centro Sub-total
San Isidro	Muy Bajo	41.0	10.0	3.0	1.0	56.0	28.0	8.0	4.0	3.0
Concepción	Muy Bajo	29.9	13.8	4.6	1.1	49.4	35.6	5.7	0.0	4.6
San Agustín	Bajo	27.2	8.7	0.0	2.2	38.0	29.3	16.3	4.3	6.5
La Perla	Bajo	56.6	16.9	3.6	3.6	80.7	8.4	2.4	2.4	1.2
Pueblo Nuevo	Bajo	45.2	3.2	0.0	0.0	48.4	6.5	24.2	0.0	14.5
Lomas de la Era	Bajo	22.0	35.0	14.0	4.0	75.0	8.0	3.0	3.0	9.0
Sta. Rosa Xochiac	Bajo	30.6	8.2	7.1	3.5	50.6	27.1	5.9	1.2	0.0
Amp. S. Pedro Xalpa	Bajo y medio-bajo	27.7	25.2	10.1	1.7	67.2	9.2	4.2	5.0	7.6
Reforma	Medio-bajo	23.6	9.8	4.9	1.6	39.8	16.3	16.3	8.1	10.6
Ignacio Allende	Medio-bajo	13.0	29.0	11.6	1.4	55.1	13.0	5.8	13.0	4.3
Isidro Fabela	Medio-bajo	20.0	31.4	4.3	1.4	57.1	22.9	5.7	1.4	5.7
P. Sta. Fe	Medio-bajo	51.9	5.1	7.6	0.0	64.6	7.6	15.2	2.5	3.8
Azcapotzalco	Medio	13.0	9.0	13.0	2.0	37.0	36.0	5.0	8.0	4.0
U.H. El Rosario	Medio	25.8	37.1	13.4	2.1	79.4	9.3	2.1	1.0	2.1
Rinc. de Aragón	Medio y medio-alto	11.1	47.5	11.1	2.0	71.7	7.1	2.0	5.1	7.1
V. Panamericana	Medio-alto	11.3	42.0	27.3	3.3	85.3	4.0	1.3	1.3	2.0
Nva. Sta. María	Medio-alto	23.0	45.0	21.0	4.0	94.0	1.0	0.0	1.0	3.0
Cumbria	Medio-alto y alto	63.2	5.9	18.4	1.5	89.7	2.2	0.7	1.5	0.7
Nápoles	Alto	7.0	28.7	51.2	6.2	93.0	0.8	0.0	0.0	1.6
Polanco	Alto	2.0	5.0	65.0	2.0	75.0	0.0	1.0	0.0	1.0
Total		26.6	21.5	16.2	2.4	67.2	12.8	5.6	3.1	4.4
										26.4

Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 479, cuadro 15.3.

los habitantes de todas las áreas testigo recurren en proporciones variables a opciones formales, el uso de las tiendas departamentales sólo se presenta entre los habitantes de Nápoles y Polanco, las dos áreas testigo clasificadas en el estrato socioespacial alto, es decir, se trata de una modalidad significativa únicamente entre los estratos socioeconómicos medio-alto y alto.

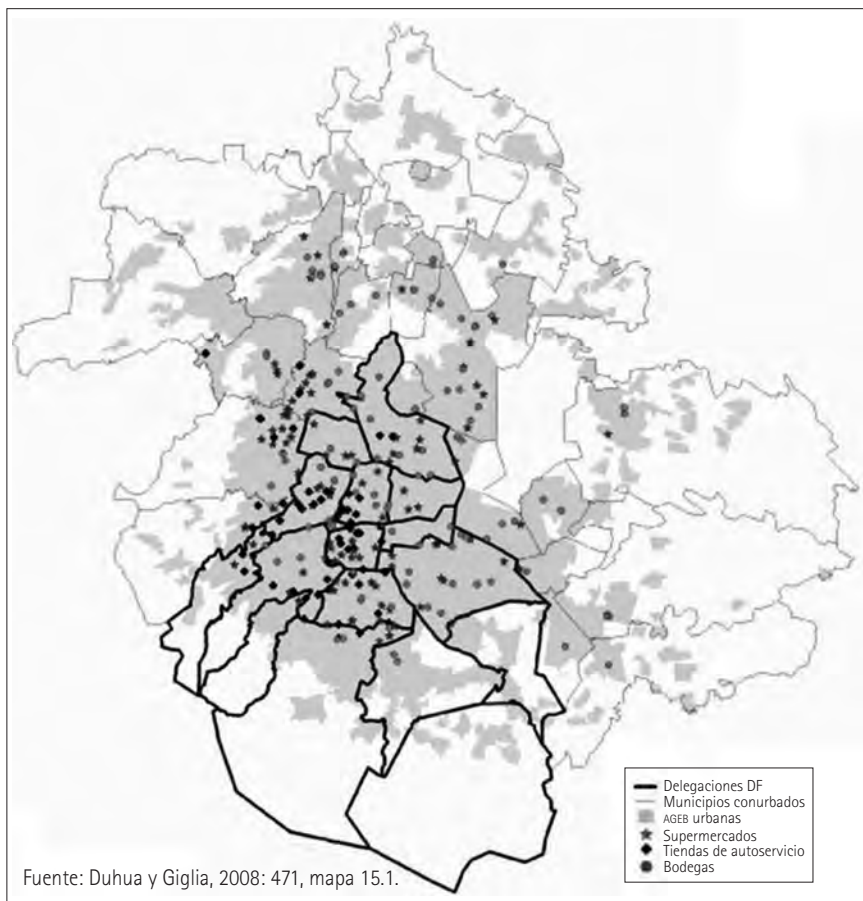
Dentro de estas tendencias generales en las que se asocian la estratificación socioespacial de la metrópoli y la accesibilidad espacio-temporal, desde el lugar de residencia de determinados equipamientos comerciales, con las opciones dominantes para el consumo de diferentes tipos de bienes, la observación de lo que ocurre con la frecuentación de diferentes tipos de supermercados y tiendas de autoservicio nos muestra lo que podríamos denominar como una *doble* estratificación socioespacial de las opciones de consumo (cuadro 9.5).

Como dijimos al comienzo de este apartado, una de las dos grandes tendencias que caracterizan la evolución durante las dos últimas décadas del comercio y los servicios al consumidor es la simultánea explosión del microcomercio informal y de las grandes cadenas nacionales y transnacionales en todo el espacio metropolitano. La difusión de estas últimas en todo el territorio de la conurbación y su consiguiente acercamiento al conjunto de la población metropolitana, incluidas las extensas áreas populares situadas al oriente, es bien ilustrada por la distribución espacial de las cadenas de supermercados y tiendas de autoservicio en sus distintas modalidades. En el mapa 9.2 se puede apreciar que, si bien estas cadenas presentan una mayor concentración en el área central y en la porción oeste de la aglomeración, donde se localizan los grupos de mayores ingresos, muestran actualmente también una presencia importante en el resto del territorio. Se trata de una difusión que se apoya en diferentes combinaciones de modalidades según los niveles de ingreso predominante. Así, en el oriente, donde los consumidores de bajos ingresos son amplia mayoría, se advierte la presencia dominante de unidades correspondientes a la modalidad de *bodega*, especializada en estos consumidores, en tanto que en las áreas centrales y en el poniente se puede observar un gran número de tiendas de autoservicio Superama, la modalidad preferida, por ejemplo, en las colonias Nápoles y Polanco, clasificadas en el estrato socioespacial alto. De todos modos, es importante señalar que en las principales cadenas de supermercados (Walmart, Mega Comercial Mexicana y Gigante) convergen consumidores correspondientes prácticamente a todos los niveles de ingreso. En todo caso, las estrategias locacionales de las grandes cadenas de acuerdo con sus dife-

Cuadro 9.5. Supermercados preferidos (porcentajes)

Área testigo	Estrato socio-espacial	No compra en súper	Bodega Comercial		Walmart		Mega Comercial Mexicana		Gigante		Subtotal		Superama		Costco o Sam's Club	
			Comercial Mexicana o Aurrera		01		01		01		01		01		01	
			01	02	02	02	02	02	02	02	02	02	02	02	02	N
San Isidro	Muy Bajo	15.0	48.0	15.0	15.0	1.0	8.0	4.0	6.0	7.0	29.0	12.0	0.0	0.0	3.0	2.0
Concepción	Muy Bajo	21.8	43.7	18.4	5.7	0.0	8.0	0.0	13.8	19.5	27.6	19.5	0.0	0.0	0.0	87
San Agustín	Bajo	33.7	26.1	20.7	2.2	0.0	32.6	1.1	0.0	2.2	34.8	3.3	1.1	0.0	0.0	92
La Perla	Bajo	2.4	37.3	24.1	6.0	0.0	38.6	1.2	9.6	26.5	54.2	27.7	1.2	2.4	3.6	83
Pueblo Nuevo	Bajo	12.9	62.9	16.1	14.5	1.6	1.6	0.0	0.0	0.0	16.1	1.6	0.0	0.0	0.0	62
Lomas de la Era	Bajo	9.0	1.0	4.0	7.0	9.0	80.0	5.0	1.0	1.0	88.0	15.0	1.0	8.0	1.0	100
Sta. Rosa Xochiac	Bajo	32.9	5.9	4.7	27.1	3.5	25.9	15.3	1.2	5.9	54.1	24.7	1.2	1.2	2.4	85
Amp. S. Pedro Xalpa	Bajo y medio-bajo	6.7	24.4	20.2	51.3	9.2	10.1	7.6	0.8	5.9	62.2	22.7	0.0	0.0	0.8	119
Reforma	Medio-bajo	24.4	34.1	30.1	3.3	0.0	35.0	1.6	0.8	9.8	39.0	11.4	0.0	0.0	0.0	123
Ignacio Allende	Medio-bajo	5.8	62.3	11.6	11.6	4.3	10.1	1.4	1.4	1.4	23.2	7.2	0.0	0.0	1.4	69
Isidro Fabela	Medio-bajo	12.9	42.9	11.4	14.3	5.7	21.4	4.3	1.4	1.4	37.1	11.4	2.9	0.0	1.4	70
Pueblo Sta. Fe	Medio-bajo	13.9	48.1	19.0	11.4	5.1	11.4	2.5	0.0	1.3	22.8	8.9	1.3	0.0	2.5	79
Azcapotzalco	Medio	23.0	17.0	16.0	30.0	3.0	15.0	2.0	1.0	6.0	46.0	11.0	0.0	3.0	1.0	100
U.H. El Rosario	Medio	3.1	22.7	4.1	24.7	4.1	34.0	5.2	6.2	21.6	64.9	30.9	2.1	1.0	2.1	97
Rinc. de Aragón	Medio y medio-alto	1.0	39.4	33.3	53.5	3.0	2.0	3.0	1.0	0.0	56.6	6.1	0.0	0.0	1.0	99
V. Panamericana	Medio-alto	0.7	14.7	17.3	20.7	5.3	42.7	4.0	4.0	0.7	67.3	10.0	6.7	3.3	4.7	150
Nva. Sta. María	Medio-alto	1.0	4.0	1.0	88.0	3.0	3.0	7.0	0.0	25.0	91.0	35.0	0.0	1.0	3.0	100
Cumbria	Medio-alto y alto	3.7	28.7	38.2	11.8	0.7	41.9	5.1	2.9	6.6	56.6	12.5	0.7	1.5	7.4	136
Nápoles	Alto	0.0	4.7	3.1	27.9	3.9	8.5	4.7	5.4	1.6	41.9	10.1	44.2	15.5	3.1	129
Polanco	Alto	0.0	1.0	1.0	14.0	0.0	0.0	0.0	18.0	4.0	32.0	4.0	32.0	6.0	21.0	100
Promedio		10.5	26.2	16.0	22.7	3.2	22.8	3.9	3.8	7.3	49.3	14.3	5.5	2.5	3.2	1980

O1: primera opción; O2: segunda opción. Fuente: Duhaio y Giglia, 2008, p. 481, cuadro 15.4.

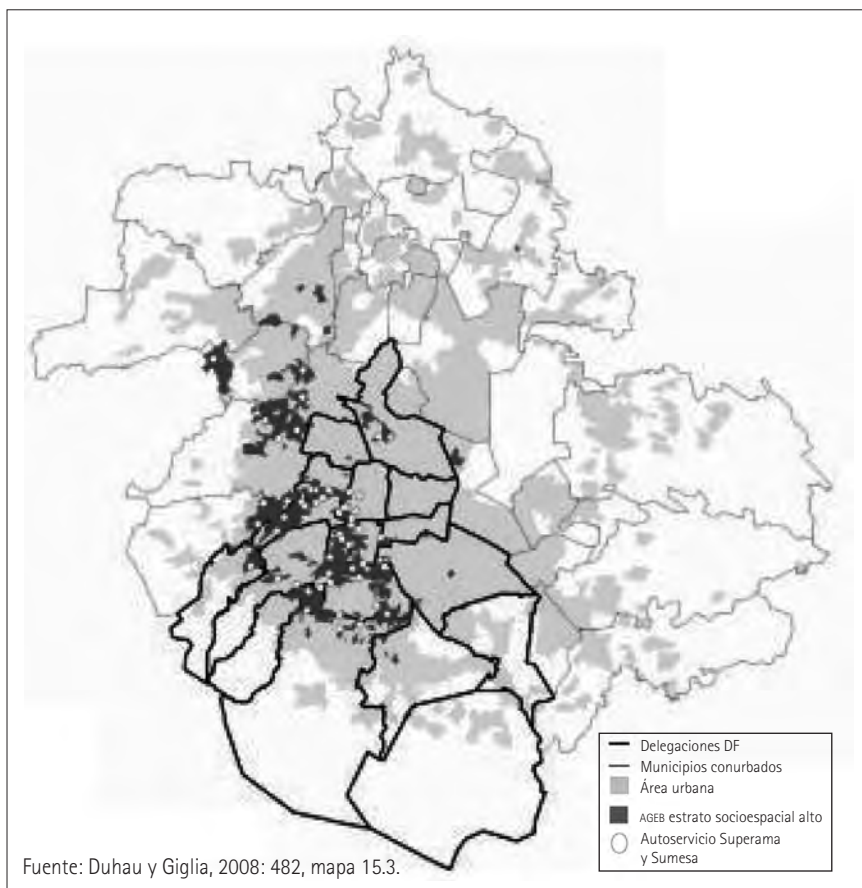


Mapa 9.2. Distribución de supermercados y tiendas de autoservicio en la ZMCM.

Mapa disponible en <<http://www.colmex.mx/gpm/vol.2/mapa9.2.jpg>>.

rentes modalidades y públicos objetivo constituyen un fuerte condicionante en la autoselección del público que efectivamente las frecuenta.

Así, *todas* las tiendas de autoservicio Superama se localizan en áreas geoestadísticas clasificadas en el estrato socioespacial alto y la enorme mayoría de las bodegas con que cuentan las tres mayores cadenas de supermercados, en áreas geoestadísticas correspondientes al estrato socioespacial medio-bajo (mapas 9.3 y 9.4).

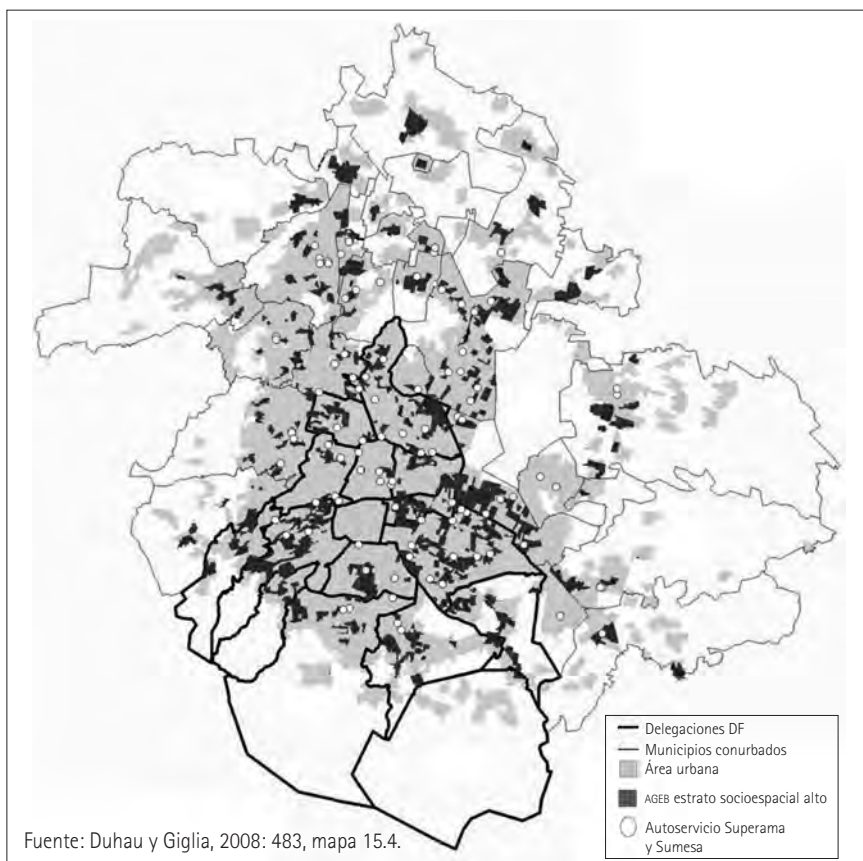


Mapa 9.3. Localización de tiendas Superama y Sumesa y de AGEB clasificadas en el estrato socioespacial alto.

Mapa disponible en <<http://www.colmex.mx/gpm/vol.2/mapa9.3.jpg>>.

Por otra parte, la zona oriente de la metrópoli ha visto difundirse en los últimos años el comercio organizado en grandes superficies y en cadenas transnacionales,²⁰ en torno al cual se constituyen nuevas centralidades comer-

²⁰ Debe recordarse que en lo que respecta a las grandes superficies comerciales (súper e hipermercados), aunque su implantación comenzó en la ciudad de México en los años sesenta del siglo pasado, su difusión en el conjunto del espacio metropolitano se comenzó a verificar hacia la segunda mitad de los años ochenta, pero sobre todo en



Mapa 9.4. Localización de tiendas de autoservicio del tipo bodega y de AGEB clasificadas en el estrato socioespacial medio-bajo.

Mapa disponible en <<http://www.colmex.mx/gpm/vol.2/mapa9.4.jpg>>.

ciales. Para la población de ingresos bajos estas modalidades proporcionan una oferta complementaria de la correspondiente al microcomercio. Por razones distintas, tanto las grandes superficies como el microcomercio se ajustan bien a las condiciones cada vez más generalizadas de precariedad laboral y bajas remuneraciones: las grandes superficies, por sus precios —que suelen

los noventa, en tanto que, por ejemplo, en Estados Unidos está asociada a la urbanización fordista o de “modernidad tardía” de la etapa 1945-1975 (Zukin, 1998).

ser más bajos que los correspondientes al comercio al menudeo de pequeña escala— y por sus ofertas, y el microcomercio por manejar pequeñas cantidades que se acomodan a una manera de comprar orientada al consumo del día con día. Por eso proliferan los microcomercios en Valle de Chalco e incluso las tiendas llamadas “de ventanita”, que consisten en vender detrás de la ventana de la casa generalmente mercancías de primera necesidad, como arroz, frijol o café en cantidades reducidas, aptas para el consumo diario.

Al mismo tiempo, en la zona oriente se han implantado en años recientes centros comerciales cuya oferta busca acoplarse específicamente a las prácticas y rutinas de consumo popular.²¹ Por ejemplo, el centro comercial Plaza Chalco, localizado en la cabecera del municipio del mismo nombre, es un lugar cuyo público incluye familias indígenas y campesinas y donde es tolerada cierta cuota de comercio ambulante disfrazado en su interior. Para un público de reducido poder adquisitivo, Plaza Chalco no sólo funciona como lugar donde llevar a pasear a la familia, sino que al mismo tiempo su frecuentación permite aprovechar las promociones de la Bodega Aurrerá, que funciona como establecimiento ancla, y realizar alguna actividad que permita romper con las rutinas cotidianas, como sentarse en el patio de comidas y consumir alguno de los alimentos que ofrecen los locales de comida rápida. En Plaza Chalco, el perfil de las cadenas que ocupan los locales implica una oferta de mercancías que, por sus características y precios, están dirigidas sobre todo a un público de ingresos bajos. Por otro lado, prácticamente todos estos locales, al igual que los puestos semifijos, tienen lo que se conoce como *sistema de apartado*, una modalidad de reserva mediante la entrega de un anticipo, totalmente ausente en los centros comerciales orientados a consumidores de mayor poder adquisitivo que disponen de tarjetas de crédito. El carácter eminentemente popular de Plaza Chalco es refrendado por la presencia de una sucursal del Monte de Piedad, donde todo el tiempo, pero sobre todo en ciertas épocas del año (por ejemplo, después de las fiestas de diciembre), se puede observar a gran cantidad de personas que llevan objetos a empeñar (Gutiérrez Salgado, 2003: 47).

²¹ La presencia abundante de comercios de diferentes tipos y escalas en la zona oriente de la metrópoli ha hecho que el centro de la ciudad se vuelva menos atractivo como lugar de abastecimiento periódico. Esta función se limita ahora a productos muy específicos ofrecidos por el comercio especializado que allí se localiza. Pero, en general, el desplazamiento al centro a comprar se ha vuelto menos frecuente y generalizado y sólo tiene sentido para mercancías específicas (computación, vestidos de novia y para quinceañeras o de ceremonia, perfumes y cosméticos de baja calidad, etc.).

¿Cuáles son entonces las grandes tendencias que se pueden desprender de la exposición precedente en cuanto a la estratificación social de las prácticas de consumo y, por lo tanto, en cuanto a la división socioespacial de la frecuentación de lugares de consumo que son al mismo tiempo, en ciertos casos, lugares jurídicamente públicos (tianguis, mercados, Centro Histórico) o equipamientos comerciales que funcionan como locales de uso público (supermercados, grandes tiendas, centros y plazas comerciales).

Por un lado, las preferencias en términos de modalidades del comercio —formales/informales— y tipos de equipamiento y establecimientos aparecen claramente pautadas de acuerdo con el estrato socioespacial al que corresponde el área de residencia. Esto no significa que, salvo en casos polarizados, en los cuales ciertas opciones presentan un uso muy reducido, al menos como primera opción, como los supermercados para la compra de artículos de consumo cotidiano en las colonias populares correspondientes a los estratos socioespaciales muy bajo, y bajo y los tianguis y mercados en Nápoles y Polanco, no existan ciertas convergencias o traslapes entre diferentes estratos socioespaciales. Pero estas convergencias se dan, *en términos de modalidades*, básicamente en las grandes superficies o *hipermercados* (Mega Comercial Mexicana, Walmart Supercenter, Gigante y, en menor medida, en centros comerciales), y en términos espaciales, es decir, del uso de un mismo equipamiento, sólo en aquellos casos en que colonias correspondientes a contextos y estratos socioespaciales diferentes se encuentran más o menos colindantes. Es en estos casos donde es posible que distintos habitantes de la metrópoli se encuentren y se mezclen igualados temporalmente por el papel común de consumidores. Sin embargo, estos últimos son casos minoritarios en comparación con lo que sucede en la mayor parte del espacio metropolitano.

SALIR A PASEAR²²

Ante la pregunta sobre los lugares preferidos para pasear (cuadro 9.6), las respuestas se distribuyeron, para todos los tipos de contextos urbanos, en dos grandes categorías: lugares cercanos al lugar de residencia y lugares a

²² “Salir a pasear” es una expresión cuya denotación puede ser considerada como multívoca. Sin embargo, decidimos aplicar la pregunta correspondiente de modo abierto, es decir sin proponer una definición ni opciones de respuesta. La distribución de las

los que podemos asignar un carácter *metropolitano*. Entendemos por *lugares metropolitanos* aquellos que de modo generalizado, con relativa independencia del lugar donde residen, los habitantes de la metrópoli conocen y reconocen además como emblemáticos, es decir, como cargados de características (históricas, estéticas, monumentales) que los distinguen de otros lugares. Entendemos, en cambio, como *lugares locales* los que son conocidos básicamente por quienes residen en un área más o menos próxima a ellos y al mismo tiempo funcionan como un referente de sus prácticas socioespaciales. Es el caso, por ejemplo, entre los habitantes de nuestras áreas testigo del Centro Urbano y el Parque Espejo de los Lirios, localizados en el municipio de Cuautitlán Izcalli, para quienes habitan en dicho municipio, o el centro del municipio de Los Reyes para los habitantes de Valle de Chalco.

En términos de su mención como lugares considerados como adecuados para pasear, dos son los lugares metropolitanos por excelencia: el Centro Histórico/Zócalo y Chapultepec. En las colonias populares, el Zócalo/Centro Histórico aparece en una posición destacada en cuanto lugar preferido para pasear, con la excepción de aquellas que, como La Perla, situada en el municipio de Cuautitlán Izcalli, y Lomas de la Era, situada en el extremo poniente de la delegación Álvaro Obregón, se encuentran muy alejadas de la ciudad central. En claro contraste aparecen las colonias Nápoles y Polanco, en las cuales, a pesar de su cercanía al Centro Histórico, éste no constituye una opción destacada como lugar de paseo. Este contraste, también manifiesto en las entrevistas semiestructuradas, confirma el rechazo actual entre gran parte de las clases media y, sin duda, alta a acudir al Centro Histórico en una tesitura recreativa, debido a que, a pesar de ser unánimemente reconocido como un lugar emblemático por el patrimonio histórico que alberga, estas clases lo consideran al mismo tiempo un lugar peligroso, sucio e invadido por el comercio informal.

Chapultepec aparece también como un lugar preferido para pasear en gran parte de las áreas testigo, incluidas Nápoles y Polanco, y las excepciones corresponden a las más distantes de la ciudad central. Es conveniente tener en cuenta que la mención del nombre “Chapultepec” puede hacer

respuestas en términos de los lugares señalados indica, desde nuestro punto de vista, la existencia de una noción compartida por la enorme mayoría de los entrevistados, en el sentido de que se trata de una práctica consistente en dirigirse a alguna parte de la ciudad (o fuera de ella) en ánimo recreativo, pero sin un propósito único y específico como sería asistir a un espectáculo, comprar determinados artículos, salir a comer, practicar un deporte o hacer ejercicio, etcétera.

Cuadro 9.6. Lugares más mencionados como preferidos para salir a pasear

Área testigo	Lugares preferidos para pasear (porcentaje)							No aplica/ no contestó		Subtotal
SAN ISIDRO	Ctro. de Chalco	Supermercados	Parque Colosio	Centro Histórico	Coyoacán	Chapultepec	Misma colonia			
Primera opción	10.0	9.0	5.0	4.0	4.0	4.0	9.0	21.0		66.0
Segunda opción	6.0	5.0	2.0	8.0	3.0	1.0	0.0	40.0		65.0
Suma	16.0	14.0	7.0	12.0	7.0	5.0	9.0			
CONCEPCIÓN	Ctro. de Chalco	Ctro. Histórico	Parque Colosio	Pque. Solidaridad	Supermercados	Chapultepec	Misma colonia			
Primera opción	12.6	10.3	8.0	5.7	4.6	3.4	5.7	20.7		71.3
Segunda opción	6.9	6.9	4.6	1.1	1.1	3.4	1.1	40.2		65.5
Suma	19.5	17.2	12.6	6.8	5.7	6.8	6.8			
SAN AGUSTÍN	Chapultepec	Supermercados	Parque del Pueblo	Centro Histórico	Bque. de Aragón	Pza. El Salado	Misma colonia			
Primera opción	8.7	8.7	6.5	4.3	4.3	4.3	10.9	35.9		83.7
Segunda opción	6.5	4.3	2.2	4.3	1.1	0.0	3.9	53.3		75.6
Suma	15.2	13.0	8.7	8.6	5.4	4.3	14.8			
LA PERLA	P.E. de los Lirios	Supermercados	Centro urbano	P. de las Esculturas	Pza. Satélite	Tepotzotlán	Misma colonia			
Primera opción	39.8	21.7	4.8	3.6	2.4	1.2	0.0	15.7		89.2
Segunda opción	9.6	9.6	4.8	10.8	1.2	2.4	2.4	33.7		74.7
Suma	49.4	31.3	9.6	14.4	3.6	3.6	2.4			
LOMAS DE LA ERA	Coyoacán	D. de los Leones	San Ángel	Chapultepec	Dinamos	Supermercados	Misma colonia			
Primera opción	13.0	13.0	12.0	10.0	7.0	0.0	1.0	3.0		59.0
Segunda opción	8.0	12.0	1.0	3.0	10.0	0.0	1.0	27.0		62.0
Suma	21.0	25.0	13.0	13.0	17.0	0.0	2.0			

AVP. S. PEDRO XALPA	P. Tezómoc	Parque Naucalli	Plaza Satélite	Supermercados	Centro Histórico	Chapultepec	Misma colonia	
Primera opción	21.8	10.1	7.6	6.7	5.9	5.0	1.7	6.7
Segunda opción	12.6	7.6	2.5	9.2	6.7	1.7	1.0	10.1
Suma	34.4	17.7	10.1	15.9	12.6	6.7	2.7	
S/ta. ROSA XOCHIAC	V. de las Monjas	C.C. Santa Fe	La Marquesa	Supermercados	D. de los Leones	San Ángel	Misma colonia	
Primera opción	15.3	12.9	10.6	10.6	7.1	4.7	4.7	10.6
Segunda opción	2.4	5.9	11.8	5.9	7.1	2.4	2.4	35.3
Suma	17.7	18.8	22.4	16.5	14.2	7.1	7.1	103.5
REFORMA	Chapultepec	C. Histórico	Supermercados	Ctro. de Los Reyes	P. del Pueblo	Bque. de Aragón	Misma colonia	
Primera opción	11.4	6.5	5.7	4.9	4.9	2.4	8.9	29.3
Segunda opción	9.8	4.9	2.4	2.4	0.8	2.4	5.7	48.0
Suma	21.2	11.4	8.1	7.3	5.7	4.8	14.6	
PUEBLO NUEVO	Chapultepec	La Marquesa	C.C. Santa Fe	Condesa	Roma		Misma colonia	
Primera opción	24.2	11.3	8.1	6.5	6.5		0.0	17.7
Segunda opción	14.5	12.9	4.8	0.0	3.2		1.6	29.0
Suma	38.7	24.2	12.9	6.5	9.7		1.6	
IGNACIO ALLENDE	Pza. Aragón	Bque. Aragón	Dep. Oceanía	Center Plaza	Chapultepec	Supermercados	Misma colonia	
Primera opción	43.5	10.1	4.3	5.8	4.3	2.9	4.3	5.8
Segunda opción	8.7	11.6	0.0	7.2	4.3	0.0	0.0	39.1
Suma	52.2	21.7	4.3	13.0	8.6	2.9	4.3	
ISIDRO FABELA	C.C. Gran Sur	Cuicuilco	C.C. Perisur	Pza. Cuicuilco	Bque. de Itlalpan	Supermercados	Misma colonia	
Primera opción	22.9	10.0	5.7	5.7	5.7	2.9	1.4	1.4
Segunda opción	10.0	4.3	2.9	10.0	2.9	0.0	1.4	34.3
Suma	32.9	14.3	8.6	5.7	8.6	2.9	2.8	

Cuadro 9.6. Lugares más mencionados como preferidos para salir a pasear (concluye)

Área testigo	Lugares preferidos para pasear (porcentaje)							No aplica/ no contestó		Subtotal
	C.C. Santa Fe	La Marquesa	C. Histórico	Chapultepec	D. de los Leones	Supermercados	Misma colonia			
PUEBLO SANTA FE										
Primera opción	16.5		7.6	7.6	7.6	3.8	8.9	16.5		68.4
Segunda opción	2.5		11.4	6.3	5.1	8.9	1.3	36.7		72.2
Suma	19.0		19.0	13.9	12.7	12.7	10.2			
AZCAPOTZALCO										
Primera opción	Dep. Reynosa	P. Tezozómoc	Supermercados	Centro Histórico	Polanco	D. Ferrocarrilero	Misma colonia			
Segunda opción	10.0	9.0	7.0	6.0	5.0	2.0	9.0	29.0		71.0
Suma	6.0	5.0	3.0	8.0	0.0	0.0	8.0	42.0		72.0
	16.0	14.0	10.0	14.0	5.0	2.0	17.0			
UNIDAD EL ROSARIO										
Primera opción	P. Tezozómoc	Supermercados	Pza. Lindavista	C. Histórico	Chapultepec	Pza. Satélite	Misma colonia			
Segunda opción	22.7	8.2	5.2	4.1	4.1	4.1	2.1	12.4		62.9
Suma	11.3	6.2	3.1	3.1	2.1	1.0	3.1	25.8		55.7
	34.0	14.4	8.3	7.2	6.2	5.1	5.2			
RINC. DE ARAGÓN										
Primera opción	Pza. Aragón	Chapultepec	Bque. de Aragón	Dep. Oceanía	C. Histórico	Supermercados	Misma colonia			
Segunda opción	40.4	10.1	9.1	3.0	2.0	0.0	0.0	3.0		67.7
Suma	12.1	10.1	8.1	3.0	3.0	1.0	0.0	12.1		49.5
	52.5	20.2	17.2	6.0	5.1	1.0	0.0			
V. PANAMERICANA										
Primera opción	C.C. Gran Sur	Coyoacán	C.C. Perisur	Centro Histórico	Pza. Universid.	Supermercados	Misma colonia			
Segunda opción	22.0	9.3	8.0	5.3	4.0	2.0	4.0	1.3		56.0
Suma	6.7	8.7	11.3	3.3	4.0	2.0	1.3	14.0		51.3
	28.7	18.0	19.3	8.6	8.0	4.0	5.3			

NVA. STA. MARIA	Pque. Revolución	C. Histórico	Pza. Galerías	Chapultepec	Pza. Lindavista	Supermercados	Misma colonia	
Primera opción	20.0	9.0	7.0	6.0	6.0	1.0	0.0	4.0
Segunda opción	5.0	11.0	9.0	5.0	3.0	1.0	5.0	18.0
Suma	25.0	20.0	16.0	11.0	9.0	2.0	5.0	53.0
CUMBRIA	P.E. de los Lirios	Centro Urbano	Pza. Satélite	P. Esculturas	Parque Naucalli		Misma colonia	
Primera opción	29.4	8.8	4.4	2.2	2.2		4.4	12.5
Segunda opción	15.4	5.9	3.7	6.6	3.7		0.7	38.2
Suma	44.8	14.7	8.1	8.8	5.9		5.1	74.3
POLANCO	Pabellón Polanco	Pza. Satélite	Pza. Galerías	Chapultepec	Condesa		Misma colonia	
Primera opción	38.0	6.0	6.0	4.0	4.0		4.0	5.0
Segunda opción	14.0	7.0	6.0	4.0	3.0		8.0	9.0
Suma	52.0	13.0	12.0	8.0	7.0		12.0	67.0
NÁPOLES	WTC	Coyoacán	Parque Hundido	C.C. Sta. Fe	Chapultepec		Misma colonia	
Primera opción	10.9	7.8	7.0	7.0	6.2		9.3	7.0
Segunda opción	7.8	3.1	6.2	0.0	1.6		0.8	24.8
Suma	18.7	10.9	13.2	7.0	7.8		10.1	

Fuente: Duhaou y Giglia, 2008: 450, cuadro 14.4.

referencia a elementos muy diversos. Está claro, por ejemplo, que la frecuentación dominical y en familia del “Bosque de Chapultepec” para realizar un día de campo o festejar un cumpleaños infantil constituye una práctica circumsrita hoy por hoy a las clases populares; del mismo modo que la visita al zoológico ha sido y continúa siendo un típico paseo popular. Al mismo tiempo, Chapultepec incluye un buen equipamiento cultural y si, por ejemplo, la asistencia esporádica al Museo Nacional de Antropología implica la afluencia de un público perteneciente a todas las clases sociales, es muy probable que se trate de un multclasismo que se expresa de modo desigual en el curso de la semana, ya que es el domingo, día de acceso gratuito, el día popular por excelencia.²³

Por su parte, el centro de Coyoacán, probablemente el *lugar metropolitano* que goza de mayor unanimidad en términos de una imagen positiva, se situó sin embargo sólo entre los lugares más frecuentemente mencionados como preferidos para pasear en áreas testigo localizadas en el sur del Distrito Federal (Nápoles, Villa Panamericana, Lomas de la Era e Isidro Fabela) y en una de las colonias populares del oriente (San Isidro). En esto influye seguramente su localización en el contexto metropolitano, que determina que se presente como un lugar percibido desde muchas de nuestras áreas testigo como demasiado alejado para considerar como lugar habitual de paseo. Sin embargo, es importante subrayar que, a diferencia del Centro Histórico, Coyoacán es en la actualidad uno de los muy escasos —y, sin duda, el más conocido y apreciado— espacios públicos tradicionales que es frecuentado por individuos y familias que representan un amplio espectro de niveles socioeconómicos.²⁴

Aparte del Zócalo/Centro Histórico, Chapultepec y Coyoacán, sólo dos colonias que invocan espacios públicos tradicionales —es decir, abiertos y multifuncionales— y que al mismo tiempo constituyen lugares *metropolita-*

²³ Cabe recordar a este respecto que, mientras que los adultos laboralmente activos pertenecientes a las clases acomodadas no trabajan los días sábado, el domingo suele ser en cambio el único día del que efectivamente disponen por completo los trabajadores manuales y los empleados en el comercio y los servicios para la recreación.

²⁴ Coyoacán fue mencionado en proporciones significativas como lugar preferido para pasear en todas nuestras áreas testigo situadas en el sur de la metrópoli, con independencia del estrato socioespacial en que cada una de ellas resultó clasificada. Pero, además, la observación etnográfica tanto de la variedad de ofertas de consumo allí existentes como de las características del público asistente confirma que se trata de un público socialmente heterogéneo.

nos fueron mencionadas reiteradamente en las entrevistas y con una frecuencia significativa en la encuesta en algunas áreas testigo: las colonias Polanco y Condesa. Sin embargo, está claro que la primera de estas colonias, aunque ampliamente identificada por la población metropolitana como lugar “moderno” y de primer mundo, dista de ser frecuentada —en plan recreativo, aunque sí por razones laborales— por un público socialmente heterogéneo. La colonia Condesa, por su parte, goza de una popularidad relativamente reciente, sobre todo entre los jóvenes, y ha venido siendo objeto de una colonización creciente, tanto a nivel recreativo como habitacional, por una población cuyo perfil de adultos jóvenes pertenecientes a la clase media alta.

¿Qué es lo que sucede con los *centros comerciales*? ¿En qué medida nuestras evidencias confirman la idea generalizada de que tienden a ocupar un papel preponderante no sólo como lugares de compras, sino también de paseo y para la realización de múltiples actividades recreativas? Los resultados de nuestra encuesta muestran que los centros comerciales funcionan actualmente como una *opción recreativa* que tiende a ser dominante en las áreas correspondientes a los estratos socioespaciales medio-alto y alto y en aquellas otras que, correspondiendo a estratos socioespaciales medio y medio-bajo, cuentan con uno o más centros comerciales muy cercanos o al menos muy accesibles en términos prácticos.

En las colonias Nápoles y Polanco, dos y tres entre los siete lugares señalados como más frecuentados para pasear, fueron centros comerciales y, en ambos casos, el primer lugar resultó ocupado también por un centro comercial: World Trade Center y Pabellón Polanco, respectivamente. Pero en otras áreas testigo, entre ellas algunas colonias populares, también se verificó la mención de uno o más centros comerciales en un lugar preponderante o al menos significativo. Resulta notable en la colonia Ignacio Allende y en el fraccionamiento Rinconada de Aragón, ambos prácticamente contiguos al centro comercial Plaza Aragón, en el municipio de Ecatepec, cómo la muy cercana localización del mismo opera como un fuerte polarizador de las prácticas recreativas: en ambos casos, más de 50% de los entrevistados señaló este centro comercial como su primera o segunda opción para pasear. De modo semejante, en la colonia Isidro Fabela, situada en la delegación Coyoacán y cercana a varios centros comerciales localizados en la misma delegación —Gran Sur, Perisur y Cuicuilco—, éstos fueron mencionados en una alta proporción como los lugares preferidos para pasear.

Al mismo tiempo, en las vastas zonas populares situadas al este de la conurbación, representadas entre nuestras áreas testigo por las colonias

Reforma, San Agustín, Concepción y San Isidro, localizadas en una zona mucho menos dotada de este tipo de equipamiento y, en el caso de las dos últimas, clasificadas en el estrato socio-espacial *muy bajo*, los centros comerciales (a diferencia del supermercado) no ocupan un lugar importante en las preferencias invocadas por los habitantes. Los parques, en cambio, se presentan en estas colonias como una opción con fuerte presencia. Esto último ocurre también, aunque de modo menos acusado, en las restantes colonias populares.

Un último tipo de lugares que mostró en la encuesta una presencia significativa entre los sitios mencionados como preferidos para pasear consiste en los que hemos denominado *lugares locales*, en contraposición a los *lugares metropolitanos*, en el sentido ya señalado de que los primeros sólo son frecuentados por un público que habita en las inmediaciones y sólo existen en términos prácticos, e incluso de conocimiento tanto directo como indirecto, para esa misma población. Es el caso de los centros tradicionales de los municipios de Chalco y de Los Reyes La Paz, frecuentados por los habitantes de Valle de Chalco, y el centro urbano del municipio de Cuautitlán Izcalli, sólo frecuentado por la población de dicho municipio. Desde luego, un carácter semejante de *lugares locales*, o a lo sumo *regionales*, es el que presentan los grandes parques urbanos que fueron mencionados de modo destacado en la encuesta: Tezozomoc, en la delegación Azcapotzalco; Colosio y Solidaridad en Valle de Chalco; Espejo de los Lirios en Cuautitlán Izcalli; Naucalli en Naucalpan, o de menor escala, como el parque conocido como Revolución, situado en la colonia Nueva Santa María, y el Parque Hundido, próximo a la colonia Nápoles, localizado entre las colonias Mixcoac y Nochebuena.

Algo que llama la atención respecto de los lugares preferidos para pasear es el reducido uso, o al menos la escasa percepción, del espacio local, es decir, de la colonia de residencia, como lugar para pasear. Esto contrasta fuertemente con el hecho de que el lugar de residencia es utilizado intensivamente como lugar para salir a comer, visitar familiares y adquirir bienes de consumo. En una colonia como Polanco, la de mayor nivel socio-espacial entre nuestras áreas testigo, mientras que 61% de quienes respondieron la encuesta mencionaron su colonia como la primera o segunda opción preferida para salir a comer, sólo 12% lo hizo en los mismos términos como lugar para pasear; es decir, para la mayoría *salir a comer* y *pasear* constituyen actividades no sólo distintas, sino disociadas. Pero esto mismo ocurre en todas las demás áreas testigo, incluidas las clasificadas en el estrato socioespacial muy bajo. Pero si en estas últimas esto podría ser explicado por

el hecho de que son lugares carentes de atractivos y que no ofrecen condiciones favorables para ello (pensemos, por ejemplo, en la ausencia de aceras o su inadecuación para ser transitadas), no ocurre lo mismo en un lugar como Polanco.

¿Cómo interpretar este contraste? Si la idea de pasear implica el desplazarse a pie en un lugar sin el propósito exclusivo de arribar a un punto determinado y admitiendo la posibilidad de que las distintas actividades, paradas y desplazamientos a realizar serán definidos en buena medida sobre la marcha, pues bien, éste no parece ser el papel asignado por los habitantes de la metrópoli al espacio urbanizado en general, aun cuando el mismo cuente, tratándose de la propia colonia, como en el caso de la Nueva Santa María o de la Nápoles, con condiciones propicias para ello: aceptable estado de las aceras, una cierta diversidad de ofertas de consumo y un paisaje urbano susceptible de despertar interés. Si no fuera así, ¿cómo explicar que en la colonia Nueva Santa María, mientras que sólo 5% de los entrevistados, y en calidad de segunda opción, mencionaron la propia colonia como lugar preferido para pasear, 25% señalaron el parque Revolución que se encuentra en la colonia?

Si esto es así, es evidente que, en general, para los habitantes de la metrópoli pasear es algo que se realiza en lugares específicos, *especializados*, por así decirlo, entre los que destacan los parques para las clases populares y los centros comerciales para las clases media y alta. Como hemos visto, fuera de estos dos tipos de lugares, que concentran la mayoría de las preferencias como “buenos para pasear”, sólo tres lugares metropolitanos (Centro Histórico/Zócalo, Chapultepec y Coyoacán, aunque este último en mucha menor medida) y unos pocos *lugares locales* (centro de Los Reyes para los habitantes de Valle de Chalco, el centro urbano de Cuautitlán Izcalli para los habitantes del municipio del mismo nombre) fueron mencionados —y no en una posición predominante— como lugares preferidos para pasear. El modo en que se ejerce actualmente la práctica de “salir a pasear” en la ciudad de México es una muestra elocuente de la creciente disociación entre los espacios jurídicamente públicos y las prácticas urbanas, tal como lo discutimos antes. En otras palabras, para gran parte de la población metropolitana el espacio público banal ha dejado de ser percibido como el escenario posible de las prácticas recreativas. Conviene señalar que esto no es necesariamente igual en otras grandes ciudades, donde el espacio jurídicamente público presenta una cara mucho más amable, precisamente para quien desea “pasearse” en él.

SALIR A COMER

Sobre *salir a comer*,²⁵ los individuos a los que se aplicó la encuesta domiciliaria fueron interrogados en cuanto a si se trataba de una actividad que solían realizar y, en caso afirmativo, cuáles eran los lugares donde la realizaban habitualmente, aunque no el tipo de establecimientos frecuentados. En el cuadro 9.7 se presenta la distribución porcentual de las respuestas, considerando los lugares más mencionados en cada área testigo. Una primera cuestión que debe destacarse es que, en términos generales, la proporción de respuestas correspondientes a la opción “no acostumbra salir a comer afuera” (no aplica) y a la ausencia de respuesta (no sabe/no contestó) resultó inversamente proporcional al estrato socioespacial. Es decir, cuanto más alto dicho estrato mayor el porcentaje de quienes afirmaron salir habitualmente a comer y, a la inversa, cuanto más bajo el estrato socioespacial menor dicho porcentaje.

Al considerar los lugares que concentran las preferencias, en todos los casos la primera posición correspondió a la “propia colonia”, resultado que tiene significados diferentes según el tipo de contexto socioespacial al que corresponde el área testigo. En el caso de las colonias populares y los dos pueblos conurbados, la opción por la propia colonia implica básicamente la frecuentación de puestos de comida en tianguis y mercados públicos o incluso puestos colocados por los propios vecinos en la acera de sus viviendas. En colonias de clase media y alta, como Cumbria, Nueva Santa María, Nápoles y Polanco, la mención de la propia colonia supone básicamente la frecuentación de restaurantes, de los cuales estas cuatro colonias están bien provistas, sobre todo las dos últimas, que de hecho —en particular, Polanco— son vistas en el ámbito metropolitano como opciones para *pasear* y, desde luego, para *salir a comer*, pero sólo para un público de clase media y

²⁵ Al igual que “salir a pasear”, puede considerarse que la expresión “salir a comer” no tiene una denotación unívoca, pero la distribución de las respuestas indica que existe entre la población metropolitana una interpretación de la misma ampliamente compartida, consistente en concebirla como una actividad recreativa, no asociada a rutinas cotidianas dependientes de actividades cuyo cumplimiento se presenta como *necesario*, como es el caso de ir a trabajar o a estudiar. En este sentido, el hecho de, por ejemplo, ir a comer a algún lugar como parte de las rutinas asociadas a la jornada laboral no fue considerado por los entrevistados como “salir a comer”; de otro modo no se explicaría la elevada proporción con que mencionaron, en la gran mayoría de áreas testigo, como lugar preferido para realizar esta actividad la *propia colonia*, cuando al mismo tiempo ésta fue mencionada en muy baja proporción como lugar preferido para pasear.

Cuadro 9.7. Lugares más mencionados como preferidos para ir a comer

Área testigo		Otros		No sabe/ no contestó		No aplica		Suma	
SAN ISIDRO	Misma colonia	Ctro. de Chalco	Ctro. Los Reyes						
Primera opción	38.0	6.0	2.0			10.0	12.0	32.0	100
Segunda opción	6.0	2.0	1.0			5.0	54.0	32.0	100
CONCEPCIÓN	Misma colonia	Ctro. de Chalco	C. Histórico						
Primera opción	47.1	8.0	2.3			5.7	6.9	29.9	100
Segunda opción	5.7	5.7	0.0			0.0	58.6	29.9	100
SAN AGUSTÍN	Misma colonia	Ctro. Los Reyes							
Primera opción	41.3	3.3				8.7	2.2	47.8	100
Segunda opción	1.1	2.2				3.2	45.7	47.8	100
LA PERLA	Misma colonia	Ctro. urbano	Lindavista						
Primera opción	24.1	4.8	2.4			15.7	6.0	47.0	100
Segunda opción	1.2	3.6	0.0			3.6	44.6	47.0	100
LOMAS DE LA ERA	Misma colonia	C. Histórico	San Ángel						
Primera opción	15.0	5.0	4.0	Coyoacán	Mixcoac	13.0	3.0	57.0	100
Segunda opción	0.0	1.0	3.0	2.0	2.0	2.0	36.0	57.0	100
AMP. S. PEDRO XALIPA	Misma colonia	Ctro. Azcap.							
Primera opción	55.5	5.9				10.1	0.8	27.7	100
Segunda opción	0.0	1.7				5.0	65.5	27.7	100
SANTA ROSA XOCHIMILCO	Misma colonia	San Ángel	C.C. Sta. Fe	Coyoacán	La Marquesa				
Primera opción	9.4	3.5	2.4	2.4	2.4	8.2	2.4	69.4	100
Segunda opción	1.2	1.2	0.0	0.0	0.0	7.0	21.2	69.4	100

Cuadro 9.7. Lugares más mencionados como preferidos para ir a comer (concluye)

Área testigo	Misma colonia	Ctro. Los Reyes	C. Histórico	Sta. Martha	Otros	No sabe/ no contestó	No aplica	Suma
REFORMA								
Primera opción	42.3	5.7	2.4	1.6	3.3	2.4	42.3	100
Segunda opción	2.4	3.3	1.6	0.8	3.3	46.3	42.3	100
PUEBLO NUEVO								
Primera opción	9.7	8.1	6.5	3.2	16.1	0.0	56.5	100
Segunda opción	0.0	0.0	6.5	0.0	4.8	32.3	56.5	100
ISIDRO FABELA								
Primera opción	28.6	4.3	2.9	2.9	15.7	4.3	38.6	100
Segunda opción	0.0	0.0	0.0	0.0	1.4	60.0	38.6	100
IGNACIO ALLENDE								
Primera opción	11.6	11.6	2.9	2.9	18.8	1.4	47.8	100
Segunda opción	1.4	2.9	0.0	4.3	10.1	31.9	47.8	100
PUEBLO SANTA FE								
Primera opción	30.4	6.3	3.8	2.5	7.6	1.3	48.1	100
Segunda opción	1.3	0.0	1.3	2.5	7.6	39.2	48.1	100
AZCAPOTZALCO								
Primera opción	52.0	3.0			7.0	3.0	35.0	100
Segunda opción	24.0	0.0			4.0	37.0	35.0	100
UNIDAD EL ROSARIO								
Primera opción	19.6	6.2	3.1	2.1	20.6	5.2	41.2	100
Segunda opción	6.2	1.0	1.0	0.0	5.2	44.3	41.2	100

RINCONADA DE ARAGÓN	Misma colonia	Cd. Azteca	Lindavista	Pza. Aragón	Insurgentes	San Cristóbal	Texcoco		
Primera opción	20.2	3.0	4.0	3.0	2.0	2.0	18.2	5.1	40.4
Segunda opción	1.0	1.0	0.0	1.0	0.0	0.0	8.1	48.5	40.4
VILLA PANAMERICANA	Misma colonia	Coyoacán	Perisur	Polanco	Gran Sur	San Ángel	Condesa		
Primera opción	18.7	6.7	6.7	3.3	2.0	2.0	1.3	4.0	22.7
Segunda opción	0.7	0.7	1.3	2.0	0.7	0.0	0.7	54.7	22.7
NVA. STA. MARIA	Misma colonia	Polanco	Ctro. Azcapotzalco	C. Histórico	Roma	Clavería	Del Valle		
Primera opción	37.0	8.0	7.0	3.0	2.0	2.0	33.0	6.0	21.0
Segunda opción	0.0	1.0	5.0	3.0	0.0	1.0	2.0	52.0	35.0
CUMBRIA	Misma colonia	Ctro. urbano	Satélite	C. Histórico					
Primera opción	39.0	8.1	4.4	1.5			5.1	8.8	33.1
Segunda opción	5.1	5.9	0.0	0.0			5.1	50.7	33.1
POLANCO	Misma colonia	Condesa	Juárez	Del Valle	C. Histórico	Anáhuac			
Primera opción	52.0	8.0	4.0	3.0	2.0	2.0	10.0	5.0	14.0
Segunda opción	9.0	7.0	4.0	0.0	2.0	0.0	13.0	51.0	14.0
NÁPOLES	Misma colonia	Polanco	Del Valle	Condesa	Roma	Coyoacán	San Ángel		
Primera opción	52.7	4.7	3.9	2.3	2.3	1.6	10.9	2.3	17.8
Segunda opción	5.4	3.1	2.3	2.3	0.0	0.8	8.5	58.1	17.8

Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 450-451, cuadro 14.4.

clase media alta. Y, en efecto, las tres áreas testigo donde esta colonia resultó entre las opciones más mencionadas fueron Nueva Santa María, Nápoles y Villa Panamericana; la primera y la tercera clasificadas en el estrato socioespacial medio-alto y la segunda en el alto.

Se trata entonces de una tendencia general que muestra su mayor incidencia por una parte en las áreas testigo que han evolucionado como espacios urbanos muy o relativamente centrales, como Polanco, Nápoles, Nueva Santa María y Azcapotzalco, pero también en muchas de las que corresponden a colonias populares, en particular las situadas en el oriente de la metrópoli —San Isidro, Concepción, San Agustín y Reforma—, pero también en otras que, como Ampliación San Pedro Xalpa e Isidro Fabela, se encuentran próximas a centralidades comerciales. En promedio, 53.1% de quienes respondieron afirmativamente a la pregunta “¿Acostumbra salir a comer?” señalaron como primera opción la propia colonia y sólo resultaron significativamente por debajo de este promedio las áreas testigo que por sus características carecen de una oferta significativa de establecimientos o puestos apropiados para ello.

¿Qué es lo que en general, respecto de la división social del espacio público en la metrópoli, nos muestran estos resultados? En primer término, una pauta socioespacial sin duda previsible, dadas las marcadas diferencias entre las modalidades que adopta la práctica de salir a comer entre los sectores de ingreso bajo y medio-bajo y los de ingreso medio, pero sobre todo medio-alto y alto. Esta pauta implica que, de un lado, la mayoría de la población metropolitana, es decir, la que habita en colonias populares, desarrolla sus prácticas recreativas (entre ellas, *salir a comer*) en unos pocos *lugares metropolitanos*, en la propia colonia y en *lugares locales*. En particular, para los habitantes de las colonias del oriente popular esto supone que, salvo cuando acuden al Centro Histórico, donde convergen con los habitantes de otras colonias populares situadas en otras partes de la metrópoli y con la reducida fracción de las clases medias que también lo frecuenta, su probabilidad de compartir, más allá de los traslados cotidianos obligados, la frecuentación de ciertos lugares con individuos pertenecientes a otras clases sociales es escasa.

IR AL CINE

Ir al cine ha constituido durante décadas —y constituye todavía, luego de su notable declinación en los años ochenta (Ochoa Tinoco, 2001)— una de las prácticas recreativas por antonomasia. Al mismo tiempo, la asistencia a

una sala cinematográfica y, más recientemente, a un cine “multisalas” localizado en un centro comercial es una de las experiencias recreativas compartidas anónimamente en público que ha sido típica de los habitantes de las ciudades desde los años cuarenta del siglo pasado. Décadas atrás, digamos entre los años cuarenta y sesenta, se trataba de una práctica que en la ciudad de México, al igual que en otras grandes ciudades de América Latina, podía ser realizada en dos tipos de salas cinematográficas: los “cines de barrio” y los “cines del Centro”. La decadencia de ambas modalidades, ostensible y definitiva hacia finales de los años ochenta, coincidió con la difusión de los videocasetes, pero también con las transformaciones experimentadas por la metrópoli y, probablemente, el atractivo decreciente ejercido por los espacios públicos aledaños a las salas cinematográficas en cuanto áreas aptas para pasear, mirar vitrinas, ir a comer, etc. En la actualidad, *ir al cine* es una práctica organizada por algunas grandes cadenas (Cinemex, Cinemark, Cinépolis) por medio de las llamadas salas *multi-plex*, establecidas mayoritariamente en centros y plazas comerciales. Estas grandes cadenas han difundido sus salas, aunque con una densidad menor que en las jurisdicciones centrales y pericentrales, a las áreas periféricas, incluida la periferia popular del oriente de la metrópoli, haciéndose así accesibles espacio-temporalmente a un público muy diverso en términos socioeconómicos.

Los resultados de la encuesta mostraron tres pautas muy marcadas socioespacialmente. La primera es que, en alguna medida, *ir al cine* se trata de una experiencia que comparten actualmente poblaciones provenientes de todos los contextos urbanos y estratos socioespaciales, con diferencias importantes, sin embargo, en cuanto a las *proporciones* de asistentes al cine y la *asiduidad* de la asistencia en diferentes tipos de áreas testigo. En segundo lugar, se trata de una práctica circumscripita espacialmente a las opciones más cercanas al lugar de residencia, lo que se explica seguramente, entre otras cosas, por el hecho de que la oferta cinematográfica se ha estandarizado y la elección de qué película ir a ver puede ser satisfecha en el o los complejos multisalas cercanos al domicilio. Esta segunda tendencia tiene a su vez, por consiguiente, en términos de la división social de los espacios públicos, implicaciones en cuanto a la autoselección por cercanía de los públicos, de acuerdo con la localización de los complejos multisalas. La tercera pauta es que la división social del espacio habitacional y la distribución espacial de las salas cinematográficas dan como resultado la conformación de públicos fuertemente homogéneos social y culturalmente, una pau-

Cuadro 9.8. Localización de las salas cinematográficas preferidas

<i>Colonia</i>	<i>Porcentaje de quienes acostumbran ir al cine</i>			<i>Suma de las tres más mencionadas</i>	<i>Otras</i>	<i>% que va al cine</i>
San Isidro	Chalco	Los Reyes	Tláhuac	68.1	31.9	44.0
	40.9	18.2	9.1			
Concepción	Chalco	Pza. El Salado	Los Reyes	89.4	10.6	58.5
	37.3	23.6	9.7			
San Agustín	Los Reyes			85.6	14.4	38.1
	85.6	*	*			
Reforma	Los Reyes			85.3	14.7	36.6
	85.3					
Ignacio Allende	Pza. Aragón	Center Plaza	Coacalco	93.5	6.5	46.6
	84.3	6.2	3.0			
Amp. S. Pedro Xalpa	Azcapotzalco	Las Armas	Cineteca	80.2	19.8	42.0
	58.1	14.0	8.1			
La Perla	A. Izcalli	Perinorte	Mundo E	88.0	12.0	30.1
	52.1	23.9	12.0			
Pueblo Nuevo	Santa Fe	H. Condesa	Centro	94.7	5.3	53.2
	66.7	24.2	6.0			
Lomas de la Era	P. Altavista	Pza. Loreto	S. Jerónimo	87.8	12.1	41.0
	58.5	12.2	7.3			
Isidro Fabela	Cuicuilco	P. Universidad	Gran Sur	72.4	27.6	47.2
	45.3	15.0	12.1			
P. Santa Fe	Santa Fe	H. Condesa	San Antonio	73.5	26.5	43.1
	61.7	8.8	3.0			
Sta. R. Xochiac	Santa Fe	P. Altavista		82.6	17.4	37.6
	70.1	12.5	*			
Azcapotzalco	Azcapotzalco	Las Armas	La Raza	85.4	14.6	48.0
	72.9	6.2	6.2			
U.H. El Rosario	Las Armas	Azcapotzalco	Galerías	69.5	30.5	51.6
	39.9	26.0	3.6			
V. Panamericana	Gran Sur	Perisur	Cineteca	81.3	18.8	74.7
	56.2	21.4	3.6			
Rinc. de Aragón	Pza. Aragón			82.3	17.7	62.6
	82.3	*	*			
Cumbria	A. Izcalli	Perinorte	Pza. Satélite	88.1	11.9	55.4
	74.4	7.4	4.1			
Nva. Sta. María	Galerías	Azcapotzalco	Irrigación	51.5	48.5	68.0
	22.0	17.6	11.8			
Nápoles	WTC	P. Universidad		79.3	20.7	60.5
	74.4	4.9	*			
Polanco	Polanco	Irrigación	Galerías	78.1	21.9	64.0
	48.5	16.2	8.8			

* Frecuencias similares para varias opciones que no superan el 2 por ciento.

Fuente: Duhau y Giglia, 2008: 193, cuadro 7.1.

ta que se refleja en el hecho de que cadenas como Cinemex manejen tres rangos diferentes de precios y tres tipos de “escenografía”, según la localización de sus establecimientos. De este modo, hoy día sólo en unas pocas áreas de la metrópoli resulta probable la convergencia en los mismos cines de públicos socialmente diferentes.²⁶

REFLEXIONES FINALES: DE LAS TEORÍAS A LAS PRÁCTICAS

Sin duda, en años recientes la discusión sobre el espacio público se ha enriquecido considerablemente. Sin embargo, no es frecuente encontrar estudios que vinculen las reflexiones teóricas y el análisis de las prácticas y que estén basados en una aproximación sistemática al espacio urbano. Así, abundan, por un lado, reflexiones de un grado de generalidad tal que, si bien pueden resultar plausibles, son difícilmente contrastables y, por otro lado, análisis etnográficos a veces minuciosos, pero demasiado puntuales para dar pie a algún tipo de generalización. Cuando se aplican criterios sistemáticos de análisis, se puede observar que en la ciudad de México el espacio público, más que responder a las características del tipo ideal discutido al comienzo de este artículo, constituye un conjunto de lugares en gran medida de uso público pero de propiedad y gestión privadas, que resultan al mismo tiempo significativos y útiles para los habitantes de la metrópoli. Es decir, un conjunto de lugares fuertemente vinculados a la vida cotidiana cuya frecuentación y uso están asociados, por una parte, de manera bastante predecible, a la localización y a la estratificación socioespacial del lugar de residencia y, por otra, a su distribución, sus características y su grado efectivo de accesibilidad para distintos usuarios potenciales. En conjunto, las modalidades hasta aquí expuestas en cuanto a los usos de estos lugares permiten sostener que las prácticas vinculadas a la frecuentación de los espacios públicos exhiben patrones que permiten calificarlas como *repetitivas*, *localistas* y *estratificadas*, es decir, que responden a rutinas precisas, están orientadas en la medida de lo posible por el afán de reducir esfuerzos e imprevistos, y muestran asociaciones significativas entre tipos de espacios y tipos de usuarios.

²⁶ Como es el caso de ciertas zonas del sur del Distrito Federal, donde se da una marcada cercanía espacial entre colonias populares y fraccionamientos y condominios de clases media y alta.

De acuerdo con lo anterior, nos parece que cualquier política de *recuperación* de los espacios públicos debería partir de considerar su vinculación actual y posible con las prácticas cotidianas. Seguramente resulta agradable circular en bicicleta los domingos por la mañana en un circuito “liberado” y protegido temporalmente por la policía para la diversión de ciclistas y paseantes domingueros, pero este tipo de posibilidades no cambia, por ejemplo, el estado cotidiano de las aceras ni la calidad del espacio (no) reservado cotidianamente al peatón, al ciclista y al usuario del transporte público, frente a la evidente prioridad otorgada al automóvil. Pareciera que la proliferación de artefactos y equipamiento destinados a la realización de las diferentes actividades propias de una gran ciudad ha ido de la mano del descuido progresivo y de la creciente disfuncionalidad del espacio público banal.

Como hemos visto, en la ciudad de México estas carencias del espacio público común y corriente se reflejan en las prácticas de los habitantes, por ejemplo, cuando sólo imaginan como lugares apropiados para pasear los centros comerciales más o menos cercanos a su domicilio o unos cuantos lugares emblemáticos, como Chapultepec o Coyoacán. Así, la relación con los espacios públicos de los habitantes de la metrópoli contempla unas pocas posibilidades entre dos extremos: quienes nunca se bajarían de su automóvil y quienes son caminantes a la fuerza.

En conjunto, ha prevalecido una lógica de separación de funciones y de priorización del automóvil y de las prácticas a él ligadas sobre una lógica ciudadana de defensa, conservación y promoción del espacio público en cuanto conjunto de espacios compartidos por grupos sociales, funciones y movilidades urbanas diferentes. En la ciudad de México, los esfuerzos actualmente en curso para promover el uso *efectivamente público* de ciertos espacios (circuitos reservados para ciclistas y peatones los domingos, por ejemplo) o para favorecer el transporte público sobre el uso del automóvil particular, como es el caso del Metrobus, han tenido que recurrir al *confinamiento* en el espacio y en el tiempo para que tales iniciativas puedan funcionar de acuerdo con los propósitos perseguidos. Podríamos preguntarnos, ¿tiene sentido que los ciclistas y los peatones tengan a su disposición unas cuantas horas a la semana una avenida “sustraída” temporalmente, gracias al ejercicio de la fuerza pública, a la circulación de los automóviles, pero que el resto de la semana ciclistas y peatones tengan que circular bajo la amenaza constante de ser atropellados y sin contar en general con espacios efectivamente reservados para ellos (automóviles estacionados sobre las aceras o

bloqueando el paso peatonal en las esquinas, por ejemplo)? También podríamos preguntarnos, ¿cómo es posible que los vehículos pesados de transporte de carga circulen a toda hora en cualquier lugar de la ciudad o que los camiones recolectores de basura hagan su trabajo en los horarios de mayor circulación, contribuyendo a entorpecer el tráfico? La habitabilidad del espacio urbano es un asunto de accesibilidad práctica y mantenimiento cotidiano. No puede haber un cambio sustancial si no se revaloriza el espacio público ordinario y cotidiano, y los artefactos y las reglas que los sustentan (banquetas, cruces peatonales, contenedores de basura, reglas para regular la relación entre vehículos y peatones, etc.). El problema de los espacios públicos en la ciudad de México (y, en general, de la mayoría de las ciudades del país) no es tanto el de la rehabilitación de ciertos espacios emblemáticos o monumentales como el de repensar el funcionamiento cotidiano de la vida urbana y restaurar la función *pública* de los espacios públicos.

REFERENCIAS

- Baudrillard, J., 1978. *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairos.
- Benjamin, W., 1967. Der Flaneur, *Neue Rundschau* (78): 549-574.
- Bourdieu, P., 1979. *La distinction. Critique sociale du jugement*. París, Les Éditions de Minuit.
- Cabralas Barajas, L.F. (coord.), 2002. *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-UNESCO.
- Caldeira, T.P.R., 2000. *City of Walls. Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press.
- Capron, G., et al. (dir.), 2006. *Quand la ville se ferme. Quartiers résidentiels sécurisés*. París, Éditions Bréal (D'autre Part).
- Castellanos, A. (coord.), 2000. *Nueva Antropología*, número dedicado a *Racismo y pueblos indios en América Latina* (58): 1-17.
- Connolly, P., 2005. El mercado habitacional, en R. Coulomb (comp.), *La vivienda en el Distrito Federal*. México, Instituto de Vivienda del Distrito Federal-Comisión Nacional de Fomento a la Vivienda-UAM/Azcapotzalco, pp. 95-142.
- Cruz, M., 2001. L'espace public entre commodité et identité: l'exemple de deux rues à Los Angeles, en C. Ghorra-Gobin (dir.), *Réinventer le sens de la ville. Les espaces publics à l'heure globale*. París, L'Harmattan, pp. 103-112.
- da Costa Gomes, P.C., 2001. L'espace public métropolitain et le recul de la culture civique: l'exemple du Brésil, en C. Ghorra-Gobin (dir.), *Réinventer le sens de la ville. Les espaces publics à l'heure globale*. París, L'Harmattan, pp. 233-244.

- de Alba, M., *et al.*, 2005. El ambulante en imágenes. Ponencia presentada en el seminario Comercio y Movilidades Urbanas en Tiempos de Metropolización. México, UAM-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Universidad Iberoamericana, 11 a 13 de julio.
- Defilippis, J., 1997. From a public re-creation to private recreation: The transformation of public space in South Street Seaport, *Journal of Urban Affairs* **19** (4): 405-417.
- Donzelot, J., 2004. La ville à trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification, *Esprit* (303): 14-39.
- Duhau, E., y A. Giglia, 2004. Conflictos por el espacio y orden urbano, *Estudios Demográficos y Urbanos* **19** (2-56): 257-288.
- Duhau, E., y A. Giglia, 2008. *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México, Siglo XXI-UAM/Azcapotzalco.
- Featherstone, M., 1991. *Consumer Culture and Postmodernism*. Londres y Newbury Park, Sage Publications.
- Fishman, R., 1987. *Bourgeois Utopias. The Rise and Fall of Suburbia*. Nueva York, Basic Books.
- Flusty, S., 2001. The banality of interdiction: Surveillance, control and the displacement of diversity, *IJURR* **25** (3) septiembre: 658-664.
- García Canclini, N., 1995. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos culturales de la globalización*. México, Grijalbo.
- Ghorra-Gobin, C., 2001. Réinvestir la dimension symbolique des espaces publics, en C. Ghorra-Gobin (comp.), *Réinventer le sens de la ville. Les espaces publics à l'heure globale*. París, L'Harmattan, pp. 5-15.
- Giddens, A., 1994. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza.
- Giglia, A., 2001. Introducción, *Perfiles Latinoamericanos*, número dedicado al tema *La nueva segregación urbana* **10** (19): 7-11.
- Gutiérrez Salgado, E.A., 2003. *¿Qué se vigila en los centros comerciales?*, tesis de licenciatura. México, Departamento de Antropología, UAM/Iztapalapa.
- Harvey, D., 2006. The political economy of public space, en S. Low y N. Smith (eds.), *The Politics of Public Space*. Nueva York y Londres, Routledge, pp. 17-33.
- Hayden, D., 2006. Building the American way: Public subsidy, private space, en S. Low y N. Smith (eds.), *The Politics of Public Space*. Nueva York y Londres, Routledge, pp. 35-47.
- Jacobs, J., 1992 [1961]. *The Death and Life of Great American Cities*. Nueva York, Vintage Books.
- Janoschka, M., y G. Glasze, 2003. Urbanizaciones cerradas: un modelo analítico, *Ciudades* **15** (59): 9-20.
- Low, S., 2006. How private interests take over public space: Zoning, taxes, and incorporation of gated communities, en S. Low y N. Smith (eds.), *The Politics of Public Space*. Nueva York y Londres, Routledge, pp. 81-103.

- McKenzie, E., 1994. *Privatopia: Home Owner Associations and the Rise of Residential Private Government*. New Haven, Yale University Press.
- Miranda, A., 2003. Fronteras culturales en el ámbito doméstico. Trabajadoras extranjeras y empleadoras italianas en el área urbana de Nápoles, *Alteridades* 13 (25): 63-75.
- Mitchell, D., y L. Staeheli, 2006. Clean and safe? Property redevelopment, public space, and homelessness in downtown San Diego, en S. Low y N. Smith (eds.), *The Politics of Public Space*. Nueva York y Londres, Routledge, pp. 143-175.
- Monnet, J., A. Giglia y G. Capron, 2007. Ambulantage et services à la mobilité: les carrefours commerciaux à Mexico, *CyberGeo* (371): 1-50. Puesto en línea el 6 de abril de 2007 y modificado el 23 de mayo de 2007, en <<http://www.cybergeog.eu/index5574.html>>.
- Murray, M.J., 2004. The spatial dynamics of postmodern urbanism: Social polarisation and fragmentation in São Paulo and Johannesburg, *Journal of Contemporary African Studies* 22 (2): 139-164.
- Ochoa Tinoco, C., 2001. Evolución de las salas cinematográficas en la estructura urbana de la ciudad de México (1982-1999), en E. Duhau (coord.), *Espacios metropolitanos*. México, Red Nacional de Investigación Urbana-UAM/Azcapotzalco, pp. 155-198.
- Sabatier, B., 2002. Aportaciones del derecho al análisis geográfico de las sucesivas realidades del espacio público, *Trace* (42): 79-88.
- Sabatier, B., 2006. *La publicisation des espaces de consommation privés. Les complexes commerciaux récréatif en France et au Mexique*, tesis de doctorado en geografía. Toulouse, Universidad de Toulouse 2-Le Mirail.
- Salcedo Hansen, R., 2002. El espacio público en el debate actual: una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno, *EURE* 28 (84): 5-19.
- Sennet, R., 1976 [1974]. *The Fall of Public Man*. Nueva York y Londres, W.W. Norton & Company.
- Turner, R.S., 2002. The politics of design and development in the postmodern downtown, *Journal of Urban Affairs* 24 (5): 533-548.
- Williams, P., et al., 2001. Consumption, exclusion and emotion: The social geographies of shopping, *Social & Cultural Geography* 2 (2): 203-220.
- Young, I.M., 1990. *Justice and the Politics of Difference*. Princeton, Princeton University Press.
- Zukin, S., 1995. *The Cultures of Cities*. Malden, Blackwell Publishers.
- Zukin, S., 1998. Urban lifestyles: Diversity and standardization in spaces of consumption, *Urban Studies* 35 (5-6): 825-839.